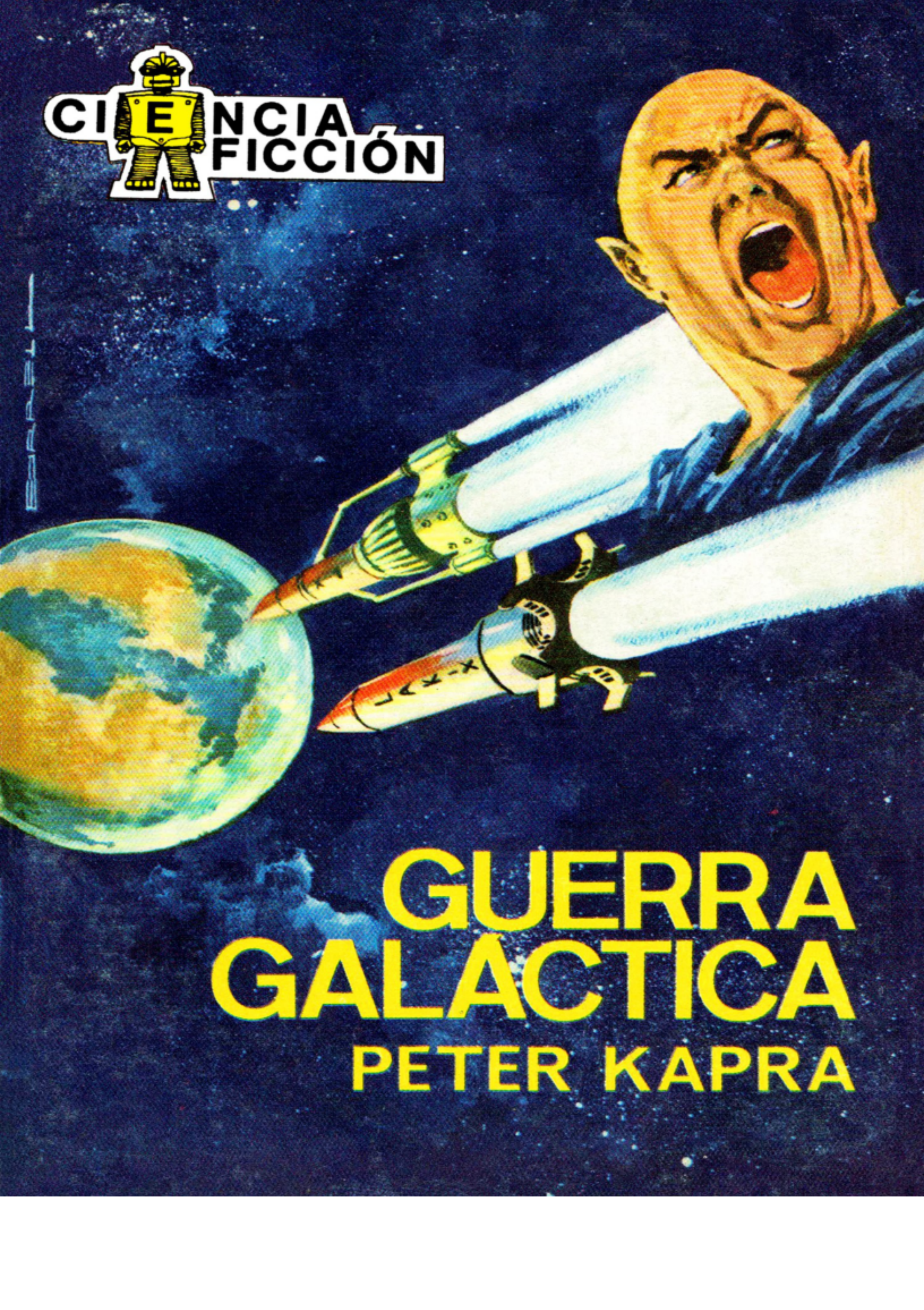

CIENCIA
FICCIÓN
GUERRA
GALACTICA
PETER KAPRA

PETER KAPRA

GUERRA GALÁCTICA

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151 Buenos Aires

Depósito Legal: B - 2993 - 1968

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo Primero

Como un insignificante pedrusco brillante, la nave de vanguardia «Sur-X» aguardaba inmóvil, al parecer, en su puesto de vigilancia orbital. Su camuflaje era perfecto. Un meteoro sumergido en la infinita inmensidad de la noche galáctica.

Ojos ocultos y atentos, provistos de detectores de la máxima sensibilidad, escudriñaban las estrellas, captando, a través de placas estelares, cualquier anomalía en la inmutable serenidad de los mundos de luz.

Dentro del pedrusco, por así decir, había un hombre, un soldado de la flota

sideral terrestre, un condenado a quince años de aislamiento por haber cometido una falta.

Su nombre era Almax, Yar Almax, y tenía veinticinco años. Especialista en observaciones siderales.

Yar estaba sentado en un sillón giratorio. Daba una vuelta sobre sí mismo cada nueve minutos y medio, exactamente. Luego, sin que él supiera cómo, la placa estelar biconvexa se invertía y el otro hemisferio aparecía ante su mirada atenta.

Era una impresionante y desoladora rutina.

Yar Almax llevaba ya un año en aquel servicio, sin más compañía que la del insólito «LO-15-O», el robot androide que computaba todas sus observaciones astronómicas.

Sin embargo, Yar podía, y solo por breves períodos, conectar el observador automático. Se trataba de una simple palanca, situada a la derecha del tablero y pintada de negro, por medio de la cual un registro fotoeléctrico de gran sensibilidad, captaba todas las anomalías que pudieran existir en los dos hemisferios celestes.

No obstante, una rigurosa orden procedente del Gran Cuartel General le había prohibido el descanso.

—Situación «Albor». Cadena de coordenadas «zeta-nueve-veintitrés». Control y vigilancia directa. El enemigo duerme en su hora nona.

Esta había sido la orden. Yar no tenía por qué saber su significado. Se limitó a pasársela a «LO-15-O», quien la interpretó, recurriendo a su selector secreto.

—Situación de máximo peligro, Yar —dijo el robot—. Se espera un gran ataque procedente de Próxima Centauri, cuyos mundos han sido ocupados por los «hordos».

— ¿«Hordos»? —preguntó Yar, sin comprender.

—Yo tampoco sé quiénes son. Pero está claro que son enemigos, y muy poderosos, al parecer.

Yar se había visto obligado a mantenerse en constante vigilancia. Podía hacerlo. Una píldora de «cool» le anulaba el sueño. Debía mantenerse inmóvil, de lo contrario, después de una semana estaría horriblemente cansado.

Era evidente que existía peligro. Y él era un militar. En realidad, allá atrás, en el inolvidable planeta azul donde nació, un cuarto de siglo antes, todo el mundo era militar, incluyendo los recién nacidos, los animales domésticos y los «robots», cualquiera que fuese su especialidad o clase.

La guerra estaba declarada desde hacía ciento ochenta años. Una contienda universal, larga, de golpes fatales y sorprendentes e inesperados. Los hombres ya no peleaban entre sí. Se habían hermanado total y definitivamente, para hacer frente al enemigo común: ¡los «hordos»!

Yar Almax no había visto jamás a ninguno de sus enemigos. Sabía, eso sí, que eran unos individuos pequeños, como pigmeos, de un metro de estatura,

que se movían bamboleando su enorme cabeza, apoyándose en una sola extremidad, a modo de cola vibradora. Pero, aunque les faltaba una pierna, con la que se movían tan bien como Yar con las dos suyas, aquellos enanos endemoniados disponían de tres brazos.

La compuerta de acceso a la cabina se abrió y emergió la metálica cabeza de «LO-15-O».

— ¿En qué piensas, máquina rebelde de carne? —preguntó el robot.

Yar sonrió. «LO-15-O» solía, a veces, divertirse con sus expresiones neopoéticas, a las que parecía ser aficionado.

—Pensaba en lo desgraciado que soy. Me encuentro aquí por una mujer morena, de inquietante mirada y labios incitadores, una de esas mujeres capaces de inducirnos a la muerte.

—No vivirás mucho tiempo, Yar. Y lo siento por ti —contestó el robot, saliendo de la compuerta y sentándose en defectuosa postura, junto al tablero de control, frente a Yar.

—Si tuviese un martillo te lo estrellaría en esa cabeza odiosa que tienes sobre los hombros, «LO» —rezongó Yar.

—Aumentaría tu castigo. Pertenezco al Gobierno —contestó el robot en un tono que a Yar le pareció mofa—. No hay mujer que merezca ni un año de este abominable, deleznable y «angustiable» aislamiento.

—Angustioso aislamiento —rectificó Yar, para añadir, sin apartar ni un segundo la mirada de la placa estelar biconvexa —: ¿Y qué sabes tú de angustia?

—Poca cosa. De la factoría «FWM» al depósito militar, y de allí a la Escuela de Observación, para reajuste de circuitos.

Yar sonrió.

— ¿Tenías profesor en la Escuela?

—Sí, claro. Un hombre llamado Klin.

Era una irónica burla. Yar se mordió los labios. El nombre de Klin figuraba en su expediente militar. Era un Klin el esposo de la mujer morena y ojos inquietantes, causa del castigo de Yar en las exploraciones de vanguardia galáctica.

—Modifica tus circuitos, «LO»... ¡O te juro que te destruiré con algo!

—De hombre a robot, no me puedes, ser de ideas avanzadas y estrechas.

— ¡No insultes, «LO»! —rugió Yar.

—Te digo la verdad. Eres un superestúpido, un supernecio y un hiperimbécil. Podría estar diciéndotelo catorce años más y tendrías que admitir siempre que tengo razón.

— ¡Está bien! ¡Admitido! Soy todo eso, y más. Ahora, vete a tu cabina y déjame en paz... ¿Qué quieres que haga?

—Pedir el indulto.

— ¡No, jamás! —rugió Yar—. Ni el coronel Blomer, ni el general Ty, ni nadie del Consejo Supremo, me verá humillarme a pedir clemencia.

—Eres un soberbio rebelde de ideas más obtusas que un mulo —dijo el

robot—. Tu servicio aquí ha sido eficiente y útil. Una súplica correcta al Consejo Supremo, a través de tus superiores, te exoneraría gran parte de la condena. Dos años en este cascarón serían más que suficientes.

—No, «LO»... ¡Antes la muerte! Además, ¿crees que vamos a vivir mucho tiempo?

El robot tardó unos segundos en responder. Sus circuitos debían de funcionar atropelladamente. Al fin, dijo:

—Quizá tengas razón. Presiento que esto va a durar poco. La Situación «Albor» es un momento de máximo peligro. ¿Crees que el Gran Cuartel General podrá conjurarlo?

—No lo sé —musitó Yar, ahora hablando quedamente, con la vista fija en un punto luminoso que había descubierto, de súbito en la placa estelar—. Creo que... están ahí, «LO».

* * *

Enko, Rey de Vaan, era un individuo bien proporcionado entre los miembros de su raza. Su cabeza era noble, correcta, equilibrada. Su cuerpo, o tronco, podía considerarse atlético y sus brazos eran de un azul puro.

El padre de Enko había sido rey, su abuelo, también... ¡Y el hijo de Enko sería rey!

Enko, Rey de Vaan, Caudillo de los «hordos», Señor y Magistrado Superior de doce mundos en el Sistema de los Dos Soles, Conquistador de Iterma, Dominador de Xank y Protector Electo de los «grons», podía jactarse de reinar sobre un trillón y medio de seres vivientes... ¡No hubo nadie, jamás, en ninguna dinastía «horda», con tanto poder como él!

El Consejero Mayor Jeo, recubierto de escamas doradas, como correspondía a su jerarquía, estaba ante Enko, ligeramente inclinada su enorme cabeza. La Guardia se alineaba en torno a las hexagonales paredes del salón regio, en cuyo trono de kunzita rosada descansaba el Conquistador doblado el tronco y apoyado en sus tres manos.

Para cualquier terrestre, aquella postura habría podido ser comparada con una serpiente enroscada y provista de una voluminosa cabeza.

—Muy Alto y Poderoso Señor —decía el Consejero Mayor, leyendo una tablilla cubierta de regios caracteres—, los dignatarios de la guerra os suplican os dignéis recibirles.

—Bien, Jeo. Hacedlos pasar.

El Consejero Mayor presionó algunas «escamas» doradas de su atuendo bajo las que llevaba ocultos pulsadores. La radio transmitió la voluntad regia.

Al fondo del salón, una entrada, en forma de rampa, descendió del techo, y un compacto grupo de hombres megacéfalos descendió, a saltitos vibratorios, hasta situarse a prudente distancia de donde estaba «sentado» el Gran Monarca.

—Hablad, mariscales —ordenó Enko, sin apenas mover una pápila de su boca.

Eran un consejo de dignatarios de la guerra. Uno de ellos hacía de intérprete, pero todos debían estar presentes para que nadie pudiera modificar o malinterpretar sus acuerdos. Por esto, el Mariscal Orador, en nombre de sus veintidós compañeros, se destacó, diciendo:

—Muy Alta y Poderosa Majestad, hemos terminado el proyecto de aniquilación de los osados «miaris».

—Siga, Mariscal Frew —exclamó el soberano, dando muestras de vivo interés—. ¿Y cuál es ese maravilloso plan? ¿Esclavitud o exterminio?

—Exterminio.

Enko no pareció muy satisfecho con esa palabra. Levantó la cabeza e inquirió:

— ¿Por qué esa decisión tan tajante? Sabéis todos que nos interesa aumentar el domino de mi vasto poder universal. Quiero súbditos y no cadáveres.

—Disculpadnos, Supremo Dignatario —replicó el mariscal Frew—. Hemos llegado a esta conclusión final, por considerarla la más apropiada. Los «miaris» son seres altivos, fuertes y poderosos. Su número es infinitamente menor que el nuestro, pero su ciencia es profunda y sus armas dañinas.

«Hubiésemos podido lanzar sobre ellos mil «masas» y, quizá, los habríamos vencido, y no sin pérdidas. Esta guerra con los «miaris» dura ya mucho tiempo. Sabemos, por informes captados a distancia, que están cada día más preparados. Rebasar sus puestos de vigilancia sideral es casi imposible. Detectan nuestras naves, avisan a sus centros de represión y nos lanzan poderosos rayos desintegrantes.

«Guerra larga, penosa y estéril, que hemos decidido abreviar por el sistema del exterminio total. Hemos decidido enviar a «Miari» una nave invulnerable, cargada de energía radiante.

— ¿Aniquilar totalmente a «Miari»? —exclamó Enko, sobreexcitado—. ¿Estáis en vuestro sano juicio? ¿Y la coordinación sideral?

—El Consejo Astronómico nos ha informado que la hecatombe de «Miari» no nos ocasionará ningún daño.

— ¿Y sus legiones siderales? Esos bípedos tienen bases en todo su sistema solar. Diez mil astronaves de guerra se mantienen siempre en guardia, orbitando en torno a sus mundos —argumentó Enko.

—Podemos destruirlas también, Poderoso Señor —contestó el mariscal Frew—. Al quedar sin bases de aprovisionamiento, sin jefes ni dirigentes, las legiones siderales estarán a nuestra merced. Las podemos eliminar en contados segundos.

«Hemos estudiado la psicología de los «miaris», cuya estructura orgánica es muy similar a la nuestra. Los cautivos nos han informado muy bien. Por eso sabemos que, sin dirigentes, la tropa no sabrá cómo reaccionar.

— ¿Se podría capturar a esos combatientes?

—No creo que se entreguen, Noble Caudillo —contestó el mariscal Frew —. Intentarán luchar hasta la muerte porque consideran que su raza y la

nuestra son incompatibles.

— ¡Daría la mitad de mi poder por doblegar a esos gigantes! —masculló, por así decir, Enko, con rabia—. Pero si no podemos doblegar su orgullo, sea... ¡Exterminarlos!

—Sería imprudente prolongar más tiempo esa guerra, Muy Alto y Poderoso Señor —continuó diciendo el intérprete de los dignatarios de la guerra—. En Iterma hay inquietud y los «grons» parecen creer que nuestro poder se estrella contra el de los «miaris». Si no realizamos algo tajante y decisivo, podríamos encontrarnos con una sublevación.

— ¡Aplastaremos a todo el que intente rebelarse contra mi Poder Supremo! ¡Seré el Emperador del Universo y nada ni nadie podrá interponerse en mi camino!

«Decidme, mariscal Frew, ¿cómo podrá cruzar las fronteras siderales esa nave exterminadora?

—El plan es el siguiente, Noble Majestad — respondió Frew—. Los cuerpos centrales 1.234, que están compuestos en su mayoría por legionarios «grons», atacarán por sesenta y dos puntos distintos a la vez, envolviendo a los «miaris» en un ataque masivo y descomunal.

»Al entablarse el combate, nuestros cuerpos centrales retrocederán a hiperórbitas radiales, obligando al enemigo a seguirnos. El plan de ataque ha sido tan meticulosamente estudiado que solo hay un punto vulnerable para hacer llegar a «Miari» nuestra nave cargada de energía radiante.

— ¿Qué punto es ese?

—El de su polo norte. Hay un hueco desprovisto de protección en el momento en que sus naves persigan a las nuestras. Estamos seguros de que ellos no han tenido en cuenta esa eventualidad.

»Pues bien: por allí penetrará nuestra nave y destruirá su mundo, produciendo un caos planetario en los demás mundos de su sistema, lo que será el exterminio definitivo de los «miaris» y su altiva soberbia.

— ¡Pues aniquilarlos cuantos antes! —declaró Enko.

—Hay una insignificante dificultad, Muy Alto y Poderoso señor — contestó el mariscal Frew.

— ¿Cuál? Habla.

—Se trata de una de esas naves de vigilancia que los «miaris» han colocado en el hiperespacio, camuflada como un meteoro de pequeño tamaño y en donde sabemos que hay observadores militares enemigos.

»Para la realización de nuestro plan necesitamos emplear el «Vibrador de luz»...

— ¡No! —gritó Enko, poniéndose en pie de un salto, tenso —. Dije que no se emplearía jamás.

Incluso entre la guardia del rey, alineada a lo largo de los muros hexagonales del salón regio, corrió una sensación de inquietud, como si todos estuviesen ya sometidos a la caótica y perturbadora influencia sugerida por el mariscal Frew.

—Perdonad, Muy Alto y Magnánimo Soberano. Dejadme terminar. El Consejo Científico nos ha dado la seguridad de que la onda vibratoria no nos afectará en absoluto. Se trata, simplemente, de anular ese pequeño puesto de vigilancia mientras la nave destructora pasa cerca de su sector...

— ¡El «Vibrador de luz» ya puso en peligro nuestras vidas, mariscal!

—Sí, Majestad. Pero ahora ha sido modificado. Y se empleará a considerable distancia. Sus efectos sobre nosotros serán nulos. ¿Creéis que nos gustaría correr el riesgo de ser destruidos por el deseo de destruir a nuestros enemigos?

Jeo, el Consejero Mayor, intervino, diciendo:

—El mariscal Frew dice la verdad, Muy Alto y Poderoso Señor. El Consejo Científico ha modificado la estructura básica del vibrador fatídico. Poseo un amplio informe acerca de ello que os iba a someter a consideración en el consejo próximo.

— ¿No hay peligro alguno?

—Ninguno —contestó Frew, tajante.

—Pues, en ese caso, ¡lo que yo deseo es acabar la guerra y extender mis dominios más allá de la Galaxia!

* * *

La comandante Lolli Horton aceptaba resignadamente su cautiverio en la jaula que compartía con su ayudante, Bisia Strud, un año más joven que ella. Estaban en una especie de campana de cristal, a cincuenta metros del suelo, sostenida por una barra de metal rojo.

Desde aquella especie de atalaya podían ver las otras jaulas, en número de sesenta, en donde estaban encerrados los pasajeros supervivientes de la astronave «Krober», que había pilotado Lolli.

La comandante era joven y esbelta, de rostro agraciado, aunque ahora preocupado por la esclavitud y el encierro, y sabía aceptar su destino con cierta altiva resignación.

Desde su encierro, Lolli y Bisia podían ver las murallas del cráter en que se encontraban. Los «hordos» habían elegido un lugar propicio para albergar a sus prisioneros, aunque dejándolos libres dentro del cráter habría sido suficiente. De allí no podía escapar; nadie, porque las paredes abruptas tenían más de mil metros de altura.

Todo era pardo o negruzco en aquel mundo extraño, donde jamás se ocultaba el sol, porque un astro radiante asomaba cuando se ocultaba el otro. El suelo, empero, quizá debido a la luz constante, carecía de vida. No se veía ni la más mínima vegetación, ni siquiera un insignificante insecto. El silencio era ominoso en aquel mundo carente de atmósfera.

Si Lolli y Bisia podían respirar era gracias al aire artificial que les enviaban a través de la rejilla del suelo, procedente del tubo metálico y rojo que les sostenía en lo alto.

Los prisioneros llevaban allí cerca de dos años y habían sido capturados

durante un viaje desde la Tierra a Plutón, en el que se vieron atacados por las naves de los «hordos».

— ¡Es como para volverse loca, Bisia! —exclamó Lolli, mesándose los dorados cabellos—. Veintidós meses aquí viendo solo a esos monstruos megacéfalos y de cuerpos raquíticos.

Bisia no contestó. Sentada en el suelo metálico, mirando más allá de los cristales de la cúpula, hacia las cimas del cráter, estaba viendo evolucionar un disco plateado, como los que empleaban los «hordos» para visitar a los cautivos.

— ¿Cuándo terminará esto? —continuó diciendo Lolli.

—Tal vez dentro de unos instantes —repuso Bisia, levantándose y acercándose a la sólida cristalera—. Ahí vienen otra vez.

El disco plateado pareció quedar un momento suspendido sobre la cima del cráter y luego se deslizó silenciosamente hacia las jaulas de los prisioneros.

—Más preguntas... Más pruebas con sus horribles máquinas. ¿Es que no saben todavía bastante acerca de nosotros? ¿Cómo decirles lo que es la mantequilla? ¿Cómo hacerles comprender que tenemos mares y ríos y un servicio meteorológico?

—Vienen hacia nosotras —musitó Bisia, con voz queda.

Efectivamente, el disco volante traía una trayectoria fija, directamente hacia la jaula de cristal en donde estaban las dos mujeres. Lolli pudo ver rostros atemorizados en las otras jaulas, mirándoles. Vio al coronel Humet y a su compañero, cuyo nombre no había sabido nunca. También vio, en otra jaula, al ingeniero Chi Weng, y al asustado y guapo Sid Connar, siempre con el cabello revuelto, porque en casi dos años le había crecido increíblemente.

El disco plateado se situó exactamente encima de la jaula de Lolli y Bisia. Captaron la vibración de la pequeña nave al ponerse en contacto con el techo de la jaula... ¡Y luego se abrió la claraboya, asomando el semblante odiosamente abominable de un «hordo», que les miraba a través de las membranas de sus órganos visuales, a los que era imposible llamar ojos!

—Subir... aquí —les dijo aquel ser monstruoso.

La escalera metálica descendió al mismo tiempo.

— ¡No, ya basta! —gritó Lolli, retrocediendo—. ¡Matadnos de una vez!

Capítulo II

La vibración luminosa aturdió a Yar. Había sido un instante, pero su intensidad fue tan grande que le hizo perder la noción de todo, dejándole insensible, dominado, como muerto.

Ahora, cuando la vibración parecía haber desaparecido, Yar Almax se agitó primero, como impulsado por un espasmo sensorial, y empezó a darse cuenta de su ser. Se sintió... ¡Estaba vivo!

Esto podía parecer increíble, pero era auténticamente cierto. No le habían matado.

Pudo abrir los ojos y ver. Vio a dos preciosas muchachas, sentadas en sillas metálicas provistas de abrazaderas. Estaban frente a él, mirándole con interés y curiosidad.

Vio también la sala y los singulares aparatos, tableros de luces, dispositivos electrónicos, arcos de luz, ¡de impresionante luz azul!, y terminó por el del doctor Kio.

— ¡Un «hordo»! —exclamó Yar, sobrecogido.

El doctor Kio debió de sonreír, pero Yar no sabía lo que era una sonrisa «horda». La mueca, en semblante tan horrible, era espantosa.

—Tranquilícese, soldado —habló el «monstruo»—. Sé lo que siente. La impresión ha sido fuerte. No está usted acostumbrado a vernos. Estoy seguro de que la señorita Horton ya se ha habituado a nuestro aspecto físico y no le causamos ninguna repulsión.

»Piense que somos seres de otra raza, de distinta anatomía y evolución diferente. No hemos de ser como usted. Y piense, también, que la misma impresión que yo le causo, me causa usted a mí.

El doctor Kio estaba diciendo palabras que Yar entendía perfectamente, porque eran figuras dialécticas del nuevo esperanto universal, o sea el

lenguaje del Sistema Solar.

Yar tenía los brazos sujetos con abrazaderas metálicas. Su pecho también estaba sólidamente sujeto al respaldo de la silla, y sus piernas, sujetas de los tobillos, los muslos y las rodillas, estaban tan inmóviles como el resto del cuerpo.

Ni siquiera podía mover la cabeza, más que imperceptiblemente. Una especie de casco le sujetaba. Por el modo como estaban sujetas las dos muchachas que tenía delante y por el gran número de cables negros que surgían de sus cascos, Yar dedujo que estaban efectuando con ellas alguna especie de experimento. Y no se equivocó.

— ¿Dónde me encuentro? —preguntó a las mujeres.

—En algún lugar de Vaan —contestó Lolli.

— ¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Quiénes son?

—Coterráneas suyas, soldado —respondió Bisia Strud—. Y prisioneras como usted.

—Es una expresión errónea —intervino el doctor Kio—. No deben considerarse como prisioneros, sino como seres distintos, sujetos a experimentación. Tratamos de ambientarlos a nuestras condiciones biológicas, y no nos resulta fácil. Hasta ahora solo hemos podido darles aire y alimentos artificiales. Pero eso no basta. Estamos seguros de que no se aclimatarían a nuestro ambiente.

—Ni usted al nuestro.

—Oiga, usted, quienquiera que sea —habló Yar—, ¿cómo me ha traído aquí?

—Le hemos anulado por medio de un «Vibrador de luz». Ha estado nueve días inconsciente. Pero es usted fuerte. No todos los organismos resisten una frecuencia vibratoria como la que usted ha sufrido. Incluso a nosotros nos trastornaría... Disculpen. Tengo que salir a comprobar unos datos. Volveré luego para realizar una experiencia.

El «hordo» movió lateralmente su enorme cabeza y se alejó hacia el fondo del laboratorio, donde había una especie de rampa metálica y roja, por la que ascendió a saltitos, para desaparecer detrás de una compuerta que se abrió y se cerró silenciosamente para dejarle paso.

Yar miró entonces a las dos jóvenes.

—No comprendo lo que hago aquí... ¡Aclárenme la situación!

—Hay poco que aclarar, soldado —contestó Lolli—. Le han hecho prisionero.

— ¿Quién?

—Los «hordos».

—Y ¿quiénes son los «hordos»? Sé que hemos estado en guerra con un enemigo al que solo podíamos ver en sus naves, luchando fugazmente por el dominio de los espacios siderales.

—Pues el doctor Kio es un «hordo» y usted, al recobrarse, le ha llamado por su nombre genérico — señaló Lolli.

—No sabía lo que decía... Supongo que han debido influir en mi mente.

—Lo han hecho. También lo hicieron con nosotros, cuando nos trajeron aquí —añadió Bisia—. De ese modo logran no infundirnos pánico.

—La verdad es que no había visto ninguno. Y solo supe su nombre porque me lo dijo un robot... Ah, perdón. Mi nombre es Yar Almax, y soy nepalí.

—Ella es Bisia Strud, capitán astronauta —dijo Lolli—. Mi nombre es Lolli Horton y hasta hace veintidós meses fui comandante de la nave espacial « Krober».

—Mucho gusto.

— ¿Cómo le han capturado a usted?

—Lo ignoro. Vi una luz aparecer en mi placa estelar y... Nada más. Me he encontrado aquí. ¿Qué mundo es este?

—Ellos le llaman «Vaan». Se trata de un planeta muy antiguo, probablemente un sol apagado, de considerable tamaño. Está situado, según creo, en la parte central de la Galaxia.

«Estos seres están gobernados por un rey ambicioso y dominador, que pretende hacerse con el dominio absoluto del Universo. Se llama Enko y gobierna sobre más de un trillón de seres.

— ¿Un trillón?

—Eso nos han dicho. Su ciencia es avanzadísima y complicada —continuó diciendo Lolli Horton, tristemente—. Por eso le anticipo que su cautiverio será penoso y largo.

— ¿Cautiverio? ¡No, soy un soldado! —protestó Yar—. Mi deber es luchar hasta la muerte.

—Aquí no podrá luchar. No le darán esa oportunidad. Cuando le hayan «explorado» suficientemente, le llevarán, sin duda, al lugar en donde nos tienen prisioneros. Ya se dará cuenta entonces de que no es fácil escapar de allí.

«Resígnese, pues, y sea paciente.

— ¿Llevan ustedes veintidós meses encerrados aquí?

—Sí —dijo Bisia—. Realizábamos un crucero con destino a Plutón cuando fuimos atacadas por máquinas gigantes enemigas, tripuladas por soldados «grons». Nosotros éramos los primeros terrestres capturados por el enemigo y nos necesitaban para estudiarnos.

—Supongo que nuestro ejército también habrá capturado algunos «grons» y «hordos» —dijo Lolli.

—Es posible que sí. Pero eso solo lo saben en el Gran Cuartel General... ¡Ahí viene el doctor Kio!

Efectivamente, el «hordo» descendió la rampa, a saltitos, y se acercó a donde estaban los tres terrestres. Su voz llegó perfectamente a los tres, al decir:

—He sido autorizado para comunicarles que su planeta madre acaba de ser desintegrado.

— ¿Qué dice usted? —exclamó Lolli.

—«Miari» se ha fragmentado en millones de partes y todos sus habitantes han perecido —afirmó el científico «hordo».

— ¿Qué es «Miari»? — preguntó Yar, aterrado y temeroso de comprender claramente.

—«Miari» es la Tierra, soldado —terminó el doctor Kio.

* * *

No se trataba de ninguna falsedad. El plan de los dignatarios de la guerra había sido llevado a cabo con su fría y colosal estrategia.

En primer lugar, las «masas» de naves siderales «hordas» atacaron el Sistema Solar, produciéndose un rápido y eficaz contraataque de las fuerzas terrestres que parecieron obtener una gran ventaja, al ver replegarse a sus atacantes.

Al mismo tiempo quedó desguarnecido el cono polar... ¡Y por aquel punto llegó hasta la Tierra un enorme proyectil, cargado de energía radiante, que estalló en el interior del subsuelo!

Una explosión comparable a cien mil bombas atómicas de un millón de megatones reventó completamente el planeta, lanzando sus fragmentos al infinito, junto con diez mil millones de seres, infinidad de culturas, y acabando con un mundo que ya llevaba muchos millones de años rodando por el espacio.

Esta desintegración produjo el consiguiente caos planetario. La Luna, también sacudida por la onda explosiva, se vio lanzada hacia el Sol, penetrando en la órbita de Venus y provocando un desequilibrio que produjo ingentes mareas en los pantanos, dislocó continentes e inundó selvas y ciudades.

Con menor efecto, pero también ocasionando devastadoras catástrofes, la convulsión repercutió en Marte y en Júpiter, quedando asoladas y desquiciadas todas las bases militares y todas las colonias allí establecidas.

La sacudida fue espantosa. La noche del universo se iluminó fugazmente en un ámbito de muchos millones de años luz, para apagarse casi al instante.

Luego solo quedaron fragmentos lanzados a inverosímiles velocidades de lo que había sido corteza, núcleo y magma de la Tierra, cuna de la civilización terrestre.

Un mundo que se desarrolló en la violencia de la muerte y la destrucción, había sido aniquilado por seres de otro mundo más superior. Y no hubo supervivientes, porque las cosmonaves del soberbio ejército terrestre fueron aniquiladas por los rayos desintegrantes de las «masas» de naves «hordas».

En menos de un mes, el imperio colonial terrícola en todo el Sistema Solar fue liquidado. Ciudades de varios millones de habitantes convertidas en cenizas; bases militares pulverizadas, con todos sus efectivos bélicos y humanos.

Sobre aquellas ruinas estuvieron sobrevolando algún tiempo las astronaves vencedoras, al acecho de supervivientes que habían dejado de existir en medio

de la vorágine espantosa de la destrucción.

La Humanidad había perecido.

* * *

Yar Almax quedó anonadado al contemplar la filmación de la hecatombe. El doctor Kio se la ofreció en una copia que proyectó sobre una pantalla de cuarzo.

El pequeño sujeto de la cabeza superdesarrollada guardó silencio durante la proyección. Yar y las dos mujeres reconocieron la esfera inconfundible y azul de la Tierra y vieron acercarse a su casquete polar el ingenio enviado desde el cosmos.

Hielo y agua surgió impetuosamente, al tremendo impacto. Luego en una disminución progresiva de la esfera terrestre, como si la cámara tomavistas hubiese retrocedido medio millón de kilómetros, pudo verse la caótica y espantosa explosión que desgajó continentes y vertió al espacio el agua de todos los océanos.

— ¡Dios omnipotente! —exclamó Lolli Horton, blanca como la cera—. ¡Esto no puede ser posible!

—Es cierto —dijo entonces el doctor Kio—. Y no solo ha desaparecido «Miari» y todos sus habitantes, sino que, en el sistema de Sae, sus coterráneos han muerto. Eso les convierte a ustedes en seres valiosos y estimables.

— ¿Estimables nosotros? —preguntó Yar, incapaz de reaccionar ante el espectáculo presenciado.

—Sí, son los únicos supervivientes de una raza. Nuestro Consejo Científico les reclamará a ustedes para conservarles como miembros de una agrupación étnica ya desaparecida.

¡Reliquias de una raza! Esto era absurdo, incongruente e incomprensible.

Poco antes, la humanidad había sostenido una encarnizada lucha contra los seres que pretendían esclavizarla. La guerra duraba ya casi dos siglos y se inició con el primer intento de invasión por parte de una nave de exploración «horda», que ocupó una ciudad en Escocia.

Ingleses y americanos se unieron y destruyeron a los «hordos», lanzando sobre ellos una bomba atómica. Así empezó la guerra. Fue preciso vigilar el espacio, lanzar satélites de reconocimiento, modernizar las astronaves y dotarlas de armas especiales para la guerra espacial.

Todas las naciones de la Tierra se unieron bajo un solo mandato y muchos fueron los presidentes de la Asociación Mundial contra los invasores extraterrestres.

Jamás el hombre de la calle había visto un «hordo», ni siquiera un «gron», cuya constitución física era distinta a la de los «hordos». La guerra se hizo siempre en mundos lejanos, en el hiperespacio, atacándose y destruyéndose desde considerables distancias.

Unas veces eran las naves espaciales «hordas» las que se llevaban la victoria, pero otras eran los terrestres, sutiles y tenaces los que triunfaban.

En todo el mundo, esta situación bélica creó la militarización general de todos los hombres, mientras que las mujeres pasaron a ocupar los puestos de trabajo. Se ingresaba en el ejército a los catorce años, al abandonar los varones la tutela maternal. Y, desde aquella temprana edad, el hombre debía especializarse en una rama de la técnica militar.

La mujer pilotaba naves comerciales, fabricaba armas, llevaba la administración civil, pescaba, producía, manejaba las máquinas fabriles, etc. La mujer era la defensa pasiva; el hombre, la defensa activa...

Aparte de esto, los hombres se casaban, tenían hijos obligatoriamente, y vivían de un modo similar al de sus antepasados, con sus pequeños o grandes problemas, porque solo de tarde en tarde tenían noticias de alguna batalla o escaramuza sideral, en donde perecían varios miles de soldados y se destruían algunos centenares de astronaves militares, lo cual parecía como un tributo a pagar por gozar de la tranquilidad y la paz que reinaba en la Tierra como jamás se había conocido.

Pues bien, todo esto había desaparecido de pronto, ¡aniquilado por los «hordos»!

—Me temo que está usted completamente equivocado. ¡Se equivocan todos! —exclamó Lolli, fuera de sí—. ¡Cometen un terrible error al conservarnos!

—No la entiendo —replicó el «hordo».

—Yo se lo diré de otra manera, sapo megacéfalo —silabeó Yar, entre dientes—. Es mejor que nos aniquilen también a nosotros, para que no quede ni la semilla de nuestra raza, porque, ¡escúcheme bien!, mientras aliente siquiera uno solo de nosotros, aunque sea el mayor de los cobardes, luchará contra ustedes hasta morir o destruirles.

Kio debió de sonreír condescendientemente, porque dijo:

—Siempre el terrícola altivo.

—No nos tome en broma, doctor Kio —intervino Bisia Strud—. Mis compañeros tienen razón. Hasta las ratas de las cloacas de la Tierra se revolverían contra ustedes por lo que han hecho... ¡Ese espantoso cataclismo tenía que haber caído sobre ustedes!

—Bueno, bueno... Azares de la guerra. Yo, particularmente, no soy partidario de la guerra. Como científico y hombre de paz, prefiero los medios cordiales de entendimiento entre los seres de la creación. En caso de incompatibilidad, soy partidario de retirarme y dejar a los otros en paz.

—Puede que usted piense así. Pero el rey Enko es un tirano vanidoso y engreído, que se cree más fuerte que el Hacedor.

Kio se frotó el rostro con una de sus tres manos desprovistas de dedos. Se trataban de extremidades provistas de una vejiga suctora, capaz de sujetar y levantar pesos hasta de diez o quince kilos. Los «hordos», cuando necesitaban levantar grandes pesos, se reunían muchos de ellos, como habían hecho antiguamente, antes de disponer de una avanzada técnica, o bien manipulaban máquinas que trabajaban por ellos.

—No soy partidario de Enko —contestó Kio, con desprecio—. Mi labor es puramente científica. Acato sus leyes y mandatos porque todos le debemos obediencia, pero mi razón se rebela contra él y sus detestables costumbres.

—En el espacio, sin embargo, habrán quedado naves espaciales —dijo Yar —. Había miles de astronaves militares vigilando nuestras fronteras galácticas.

—Todas han sido destruidas —respondió Kio—. Lo siento por ustedes. Ahora, si me lo permiten, podemos dedicarnos al trabajo. Tenemos mucho que hacer. Sabemos que estaba usted dentro de un puesto de vigilancia espacial, y debe ser un técnico en astronomía —el doctor Kio hablaba dirigiéndose a Yar y moviendo ligeramente la cabeza de un lado a otro—. Por ese motivo queremos saber todo cuanto usted sabe. Le haré una serie de preguntas, que las dos mujeres, también expertas en observación astronómica, corroborarán.

»Quiero decirle que, si usted me miente, ellas captarán la falsedad y sus mentes entrarán en contradicción, registrándose un aviso en el osciloscopio.

Yar comprendió y sonrió.

—Pierde usted el tiempo conmigo, microbio. Solo sé que me llamo Yar Almax, nací en Katmar, pero de observaciones estelares no sé una palabra.

—Estaba usted en un observatorio camuflado.

—Sí, no lo discuto. Fui allí castigado a quince años de encierro.

— ¿Castigado? ¿Por qué?

—Miré a la esposa del general Klin. Yo no tengo culpa de que fuese una mujer perturbadora. No sé si me enamoré de ella, pero me gustaba tanto que olvidé su estado.

«Naturalmente, el general se enojó al enterarse y me hizo procesar. Por eso me enviaron a «Sur-X», como observador astronómico.

— ¿Sin entender de nada?

—Exactamente. Era un puesto de vigilancia bastante avanzado y peligroso. Varias veces, en años anteriores, había sido aniquilado. Mis jueces debieron de suponer que yo sería pulverizado también. Y resulta que «Sur-X» ha sido mi salvación.

—Es inadmisible que le pusieran a usted allí, sin tener conocimientos de lo que hacía. Si su misión era vigilar, debería saber cómo hacerlo.

—Me limitaba a contemplar la placa estelar. Allí no podía haber alteraciones, porque todos los puntos importantes estaban registrados en una órbita de trayectoria, cuya plantilla tenía yo detrás de la placa.

»Un punto de luz que surgiera en cualquier lugar no señalado en la placa, debía ser avisado inmediatamente a la oficina de coordinación. Las mediciones y computaciones matemáticas las realizaba «LO» por mí.

— ¿Quién es «LO»? —preguntó el doctor Kio.

—El robot androide que estaba conmigo.

— ¡Ah, ya entiendo! Hallaron un hombre mecánico paralizado.

— ¡Pobre «LO»! —exclamó Yar—. Era tan inteligente como una máquina

parlante... ¡Y sabía hacer un café que daba gloria! Le han destruido, ¿verdad?

—No. Está siendo estudiado por nuestro departamento de máquinas terrestres. Confieso que han hecho ustedes seres mecánicos muy complicados. Nosotros no podemos hacerlos.

— ¿Vive «LO»?

—Por supuesto que vive. No es fácil destruir una máquina de ese tipo.

—Pues interroguen a «LO». Él les dirá más cosas que yo acerca de observaciones astronómicas. Se sabe toda la nomenclatura estelar y conocía el nombre de todas las estrellas solo por su posición.

— ¿Nos van a conservar siempre sujetas como ahora o encerradas en las jaulas del cráter? —preguntó Bisia Strud.

—No. Creo que les enviarán a un lugar que pronto se empezará a construir, donde tendrán atmósfera semejante a la que tenían, árboles y plantas, agua natural, y en donde gozarán de entera libertad de movimientos.

»A cambio de eso se les hará jurar fidelidad al Rey.

En aquel momento Yar Almax concibió la idea de matar a Enko, rey de Vaan, y vengarse del exterminio de la humanidad.

Pero se guardó sus pensamientos.

Capítulo III

Yar Almax recibió una agradable sorpresa al ver aparecer a «LO-15-O», cubierto con una tela amarilla, como la ropa que vestían todos por igual en

«Edén».

Le vio descender por la pendiente y, al principio, creyó que se trataba de algún terrestre capturado después de la Gran Catástrofe. Pero las facciones metálicas de «LO» eran inconfundibles.

Se levantó y dijo al ingeniero Chi Weng:

— ¡Es «LO»! ¡Mi compañero en «Sur-X»!

El descendiente de chinos, que de su antigua raza solo conservaba los ojos ligeramente oblicuos, se alborotó también, creyendo que el recién llegado sería un nuevo compañero de cautiverio. Esto podía señalarse como un gran acontecimiento social en la pequeña comunidad.

Incluso Lolli salió del «albergue», excitada.

— ¡Nos envían a otro coterráneo!

—«LO» es un robot.

— ¡Ah, ya recuerdo! Es el robot que estaba contigo en la nave de observación.

Otras personas se acercaron, procedentes del parque. Todas llevaban la curiosidad reflejada en el rostro. Unos se sintieron decepcionados, otros no. Robot o ser humano, se trataba de alguien que venía a compartir su encierro en aquella población artificial a la que ellos habían bautizado como «Edén».

Yar fue el primero en llegar al pie de la rampa, saludando al robot.

—Hola, «LO». ¿No te acuerdas de mí?

— ¿Cómo iba a olvidarte, rebelde ultrajador? Me alegro mucho de verte. Sabía que estabas vivo.

— ¿De dónde sales?

—De un laboratorio «hordo», donde esos pulpos del vacío han estado analizándome como si fuese yo el archivo técnico y científico de nuestra desaparecida Tierra.

Lolli se apoyó en el brazo de Yar, mirando al robot.

—Preséntame, Yar.

—«LO», inclínate ante la señora Almax.

—Sabía que te habías casado y que tenéis nueve hijos. Eres un buen patriarca, Yar. Tus hijos tendrán otros tantos vástagos y eso os permitirá repoblar pronto otro mundo.

—Esa es nuestra intención, «LO» —contestó Lolli.

—Pero no la de Enko —contestó «LO»—. Ayer mismo me dijo que os quitaría a vuestros niños.

— ¡No hará tal cosa! —rugió Yar, fuera de sí, mientras Lolli se estremecía.

—Vuestros proyectos son demasiado simples. Enko, ni el Consejo Científico, desean que se extinga vuestra raza. Sois para ellos una curiosidad. Se os contempla desde todas las ciudades del Imperio y sois algo así como aquellos animales que se iban a ver los domingos soleados en los «zoos» de las ciudades de la Tierra.

Lolli enrojeció hasta la raíz del cabello.

— ¡Nos tienen aquí para su diversión! ¡Malditos sean!

—No hay, sin embargo, malicia en las gentes —continuó diciendo «LO», ahora al corro de personas que se habían congregado al pie de la rampa.

— ¿De dónde sale este robot, señor Almax? —preguntó un hombre alto de cabellos blancos, sesentón, que se abría paso entre sus compañeros de cautiverio.

—Estuvo conmigo en «Sur-X», coronel Humet —contestó Yar—. Los «hordos» han estado experimentando con él y ahora nos lo envían.

Las inmutables facciones del robot no podían alterarse. Dijo, impasible:

—Te equivocas, Yar. No me envían a haceros compañía. Soy un mensajero del emperador Enko.

— ¿Un mensajero? —interpeló alguien.

—Sí. Me sacaron del laboratorio robótico del Consejo Científico y me llevaron a presencia del Alto y Poderoso Enko, Emperador del Universo, Caudillo de los «hordos», Dominador de Xank, Protector Electo de los «grons», Conquistador de Iterma y... Vencedor de «Miari».

»Me hicieron postrarme ante su maravilloso trono de kunzita y jade, en donde se ha esculpido la historia de su última victoria, y me ordenó venir aquí con mi mensaje.

— ¿Cuál es? —quiso saber Yar.

«LO» miró a las ciento veinte personas que se habían congregado allí, muchas de ellas sosteniendo en brazos varios bebés de pecho, y habló con voz inflexible:

—Los «hordos» no son tontos, aunque tengan la cabeza y el cuerpo pequeño y deforme. Saben cuál es vuestro propósito. Os habéis obligado entre sí a procrear rápidamente, y para ir más aprisa, el coronel Humet os ha ordenado emplear el método Chasm, a fin de obtener, de cada parto, un mínimo de tres bebés. La doctora Gerry os ayuda eficazmente y ya habéis duplicado vuestro número.

»Eso es exagerado. Los «hordos» saben que no sois tan prolíferos, y que solo pretendéis crear cuanto antes otra raza, a fin de combatirles.

»No os temen, ni os pueden temer en algunos cientos de años. Pero el Emperador se siente ofendido y molesto por vuestra altivez. Su deseo, según me ha patentizado, es que os postréis voluntariamente ante él y le rindáis vasallaje y sumisión.

— ¡Jamás nos humillaremos ante esos abortos! —masculló el coronel Humet—. Lo juramos una vez y lo mantenemos... Que nos exterminen, si quieren. ¡Iremos tranquilos a la muerte y nuestra raza se habrá extinguido! ¡Pero no nos someteremos jamás!

—Os aconsejo que meditéis bien y no os dejéis llevar por el orgullo. El Emperador Enko es demasiado fuerte. Domina, prácticamente, toda la Galaxia y ha enviado sus legiones a otras galaxias. Con un gesto simple os puede aniquilar.

«Mientras os portéis de este modo, seguiréis encerrados aquí, en vuestra pequeña ciudad, sin poder salir.

— ¿Es que hay posibilidades de salir? —quiso saber uno de los hombres del corro que rodeaba a «LO».

—Sí, la hay —contestó el robot—. He estado tres años en un laboratorio «hordo», donde el profesor Gaam posee cadáveres encontrados en el espacio, de coterráneos vuestros. Los conserva perfectamente en una solución alcalina.

«Pues bien, el profesor Gaam asegura poder modificar vuestro metabolismo, de suerte que no tengáis necesidad de aire para respirar.

— ¡Eso es imposible! —contestó el coronel Humet.

—Puedo asegurarle que no, señor —contestó «LO»—. La idea del profesor Gaam es factible. Consiste en administrar el oxígeno por medio de píldoras. Es preciso realizar una operación pulmonar, pero el resultado es correcto.

La noticia dejó anonadados a los ciento veinte supervivientes terrestres.

* * *

—Por favor, Lolli —dijo Yar, volviéndose a su esposa—. Haz callar a los niños.

Lolli, obediente, abandonó el salón, dejando a los cinco hombres de la Junta de Supervivientes frente a «LO-15-O». Todos estaban sentados en semicírculo, ocupando varios asientos del salón del albergue de Yar.

Allí estaban el comandante ingeniero Chi Weng, el capitán Sid Conner, esposo de Bisia Strud, el coronel Humet y el capitán médico Chasm. Yar Almax, el más joven de todos los presentes, era quien llevaba la conversación frente a «LO».

—No quiero discutir las ventajas que nos proporcionaría esa operación —estaba diciendo Yar—. Indudablemente, son muchas, porque nos encontramos en inferioridad, respecto a los «hordos», que pueden vivir en lugares carentes de atmósfera o en ambientes enrarecidos.

—No podemos aceptar esa iniquidad —rugió el coronel Humet, furioso—. Seguiremos siendo como somos o que nos destruyan... ¡Solo me faltaba saber que estamos sirviendo de entretenimiento en sus programas de televisión! ¡Y nos habrán captado incluso cuando estamos en los actos más íntimos!

—Nuestras costumbres les divierten —dijo Yar.

—No nos preocupemos mucho de eso —intervino el doctor Chasm.

—Desde luego que no. Siempre he sabido que nos vigilaban a distancia, violando nuestra intimidad. Y es algo que debemos sumar a las muchas afrentas recibidas.

En las habitaciones posteriores, el llanto de los niños de Yar cesó.

—Hacedme caso, señores. Os conviene acceder a las exigencias del Emperador —habló «LO»—. Eso no alterará para nada vuestros planes futuros.

»Os puedo decir que los «grons», por ejemplo, eran enemigos de los «hordos», y fueron vencidos. Comprendieron que era conveniente someterse para seguir viviendo, de lo contrario los habrían aniquilado a todos. Razones de supervivencia que pesan mucho más que vuestro orgullo personal.

»Si vosotros desaparecéis, vuestra raza se habrá extinguido. ¿Queréis que este sea el fin de los terrícolas? ¿Queréis que Enko mate a vuestros hijos y deje solo uno de cada familia? ¿Queréis veros privados de estas comodidades que os rodean y volver a las jaulas del cráter de Mofeer? ¿O queréis que os conduzcan a las galerías subterráneas de Keen?

Los cinco hombres se habían quedado tan silenciosos como los niños de la habitación posterior. «LO» era un mensajero que cumplía con realismo su cometido. El emperador Enko no había podido enviar a nadie mejor. Parecía como si «LO» tuviese sentimientos y pretendiera ayudar a los prisioneros de «Edén».

—Tengo la impresión de que «LO» tiene más razón que nosotros —musitó Yar, con evidente realismo.

—Sí, eso me temo —admitió el coronel Humet, que era jefe de la Junta de Supervivientes.

Los demás no dijeron nada.

— ¿Aceptan, pues? —preguntó el robot androide.

— ¿Qué garantías tenemos? —quiso saber el coronel.

—Ninguna —replicó «LO»—. El Poderoso Enko en totalitario. Me ha dicho que os comunique esto, pero ignoro si piensa cumplir su promesa.

—Repítenos textualmente sus palabras, «LO».

* * *

Enko había levantado la cabeza extendiendo hacia el robot una de sus manos sin dedos. La ventosa se contrajo nerviosamente.

—Tus amos me están cansando, «LO» —dijo en su lengua, sin alterar las pápilas de su extraña boca.

«LO-15-O» había sido condicionado para entender el lenguaje «hordo».

—Lo lamento profundamente, Muy Alto y Poderoso Señor.

—Y, si me enojo, acabaré con todos ellos —continuó diciendo Enko, desde su alto trono—. No me importará extinguir los últimos vestigios de su altiva raza.

»Mi gloria requiere pruebas de mis triunfos. Esos supervivientes de «miaris» son el testimonio de mi grandeza. Pero son tan pocos que los compadezco.

»Jamás podrán rebelarse contra mí. Los tengo en mi poder y puedo dejarles vivir o matarles cuando se me antoje. Sin embargo, el Consejo Científico me ha pedido que los deje vivir.

»Sé que están reproduciéndose a gran velocidad. Su número se ha duplicado en tres años, y, de seguir así, antes de mi muerte, tendremos a varios miles de «miaris», alojados en la gran jaula que les sirve de refugio.

»No me importa, porque no pueden salir de allí. Morirían asfixiados, por falta de aire.

»Ya te he dicho que no quiero su desaparición y estoy dispuesto a mostrarme condescendiente con ellos, aunque solo sean un puñado

insignificante. Quiero que me rindan vasallaje y prometan fidelidad a mi soberanía.

»Si hacen eso, vivirán y serán respetados como supervivientes de una raza privilegiada. Diles que les dejaré reproducirse y vivir en nuestras ciudades, para lo cual serón sometidos a la Operación Gaam, que consiste, como ya debes saber, en modificar su mecanismo respiratorio y suministrarles las píldoras de oxígeno necesarias para su vida.

»Tienen que aceptar mi proposición porque les conviene hacerlo así. Se postrarán ante mí, con la cabeza en tierra, y habrán de asistir a nuestros centros de enseñanza, aprendiendo nuestro idioma. Si así lo hacen, yo los respetaré y serán mis súbditos, permitiéndoles reproducirse e incluso formar colonias libres, dentro de mis mundos.

»Tú serás nuestro intermediario, «LO». Ve a convencerlos y, si no lo consigues, sus hijos más pequeños morirán en primer lugar.

* * *

—Aceptamos —dijo Yar cuando el robot terminó de hacer su proposición —. Dale nuestra respuesta. Nos humillaremos ante el Emperador, asistiremos a sus escuelas y aprenderemos su lenguaje y costumbres... Y nos someteremos a esa operación pulmonar, siempre y cuando el doctor Chasm sea puesto al corriente de ella y compruebe que en nada nos puede perjudicar.

»¡Por encima de todo, hemos de vivir y perpetuar nuestra raza!

El coronel Humet y los otros no dijeron nada. Todo había sido acordado en deliberación secreta.

«LO-15-O» asintió con la cabeza y salió. Lo mismo hicieron los otros miembros de la Junta de Supervivencia: Yar Almax, hundido en su asiento, quedó solo. Pero no por mucho tiempo, ya que Lolli apareció en el salón y se acercó a él, sentándose en la alfombra, a sus pies, y tomándole la mano.

—Yar, ¿estás seguro de obrar bien?

—Sí, querida. Es la única solución... Por nosotros y por nuestros hijos — contestó Yar, acariciando la cabeza a su esposa.

Estuvieron unos minutos en silencio, reflexionando. Tenían mucho en que pensar. Las anormales circunstancias en que vivían prisioneros les habían hecho comprender que debían dejarse de convencionalismos, ya desusados, para ambientarse a las nuevas necesidades. Primero se acordó, entre todos, emparejarse. Había ciento veintiuna personas allí, cautivos de los «hordos». Veinte mujeres y ciento un hombres. Por esto dejaron que fuesen las mujeres las que eligieran a sus esposos.

Lolli y la que había sido su ayudante se pusieron de acuerdo para elegir a sus maridos. Lolli se casó con Yar, que era joven y gallardo, mientras que Bisia eligió al guapo capitán de información militar, que había sido Sid Conner.

Al alto coronel Humet también le eligió una enfermera. Quedaron, pues, ochenta y un hombres sin esposa, los cuales cedieron parte de sus albergues

para los nuevos matrimonios, de suerte que tuvieran lugar para criar a los que habrían de ser sus primeros descendientes.

El doctor Chasm instruyó a los nuevos matrimonios a fin de obtener partos múltiples. Esto era factible, sometiendo a los esposos a un ejercicio preparatorio.

Por este motivo, en tres partos, Lolli había tenido nueve hijos. Otras mujeres, mejor predispuestas, tuvieron cuatro o cinco hijos de una vez. Y hubo una, la señora Noireé, que tuvo seis.

El doctor Chasm lo tenía todo preparado convenientemente y los recién nacidos fueron colocados en incubadoras improvisadas, gracias a lo cual solo se produjo una defunción en la primera gestación. En la segunda, un año después, hubieron de lamentarse nueve muertes infantiles.

No obstante, la colonia había aumentado considerablemente y en sucesivas generaciones se esperaba multiplicar el número de supervivientes. La raza era fuerte. Sobrevivirían.

—Yo era el más rebelde de todos y, sin embargo, reconozco que es la única solución, Lolli. Si por mí fuera, ya la habría emprendido a mamporros con los «hordos», hasta que me triturasen. Pero sobre nuestras espaldas ha caído una gran responsabilidad, querida.

—Sí, demasiado grande para nuestras pobres fuerzas. Y ¿qué habremos de hacer?

—Tragarnos el orgullo. Lo esencial es que vivan nuestros hijos.

— ¿Cuál es la propuesta?

Yar repitió a su esposa lo transmitido por «LO» y terminó:

—Nos volveremos hipócritas, doblegaremos la cabeza, nos someteremos a todo, aceptaremos el vasallaje y buscaremos el modo de perpetuar nuestra especie. Lo haremos todo para seguir viviendo hasta que llegue el día de la liberación.

— ¿Cuándo será eso, Yar?

—No lo sé. Dentro de diez mil años.

—Y ¿dónde estaremos nosotros entonces?

Yar sonrió y golpeó ligeramente el rostro de Lolli.

— ¿Te preocupa eso? No somos más que eslabones de una raza semiextinguida. Ese es nuestro destino y debemos cumplirlo por encima de todo. Yo preferiría que todo siguiera como estaba antes de ser castigado a «Sur-X». Lo pasaba bien. Me gustaban las chicas, salía con mis camaradas, bailábamos y cantábamos. Pero estábamos en guerra y los «hordos» malograron todos nuestros proyectos.

—La existencia ha cambiado, en efecto —musitó Lolli —. Pero yo he encontrado felicidad contigo.

—Yo también. Y si tuviera que renunciar a esta felicidad, lo haría en beneficio de nuestra raza. No creo que nos lo agradezcan jamás, y mucho me temo que nos lo reprochen nuestros descendientes alguna vez, porque somos seres extraños y egoístas.

—Como el coronel Humet, que solo desea mandar y que todos le obedezcan.

—En eso nos parecemos un poco a los «hordos». Debe ser condición universal... ¡Pero será divertido ver al coronel inclinar la cerviz ante esos sapos megacéfalos!

Lolli sonrió, para añadir:

— ¿Y podremos vivir libremente en sus ciudades? ¿No surgirán roces raciales?

—Es posible que sí. Hemos de trazarnos una ley de supervivencia. Lo aceptaremos todo, nos someteremos a todo, pero transmitiremos a nuestros hijos la ley de la liberación final. Esa ley nos unirá siempre contra ellos y será nuestro único norte a través de todas nuestras generaciones.

—Que Dios te oiga, Yar.

* * *

El doctor Chasm fue el primero en someterse a la operación pulmonar. A «Edén» llegaron una docena de doctores «hordos» y le trataron durante una hora, en presencia de varios testigos terrícolas, entre los que estaba Yar y Sid Conner, todos silenciosos.

La operación fue un éxito. A los pocos días, el capitán médico se recobró. ¡Ya respiraba su propio oxígeno, que le había sido administrado por vía bucal, en forma de píldoras!

«LO» sirvió de intérprete entre los médicos «hordos» y los terrícolas, aunque también vinieron otros intelectuales, como el doctor Kio, que dominaba perfectamente el lenguaje de los supervivientes.

Cuando Chasm se recobró, habló con sus coterráneos y les dijo:

—Me encuentro satisfactoriamente, amigos míos. No necesito respirar esta atmósfera artificial, pero temo que practicar con nuestros niños la operación sería perjudicial. Son muy débiles y no asimilarían el nuevo estado. Habremos de estudiar el modo de conservarles dentro de atmósferas artificiales hasta qué sea posible operarles.

—Eso será una grave contrariedad —señaló el coronel Humet.

—Intentaremos solucionarla. Dedicaremos todo nuestro saber para paliar esa dificultad. Estoy seguro de que conseguiremos respirar «interiormente», como hacen los «hordos» —replicó Chasm.

—Y, poco a poco, nos convertiremos en seres semejantes a ellos, ¿no es así? —quiso saber Yar Almax.

—No lo creo. Seguiremos siendo hijos de la Tierra...

Capítulo IV

Yar Almax no olvidaría jamás la sensación experimentada al despertar de su anestesia-hipnótica y descubrir que no respiraba por nariz ni boca. Tuvo la impresión de ahogo más desagradable de su vida.

Sintió un leve cosquilleo en el pecho, y se hubiese asustado, de no estar allí, a su lado, el doctor Chasm, sonriéndole confortadoramente.

—Ya eres un ser privilegiado, Yar —dijo el médico, tocándole el hombro —. Puedes vivir en la atmósfera más enrarecida, incluso vivir en el vacío o dentro del agua. Es este el mayor problema que ha resuelto nuestra raza.

—No lo dudo —dijo Yar, con dificultad.

Se sentía extremadamente débil, como si estuviese muy cansado, después de un gran esfuerzo. Así se lo manifestó a Chasm.

—No es nada inquietante. Tus pulmones actúan de modo distinto. La combustión interna se produce dentro de ti, y respiras aunque no te lo parezca. El dióxido de carbono es expulsado lentamente a través de tu laringe, pero no hay acción contraria.

»Cuando empiece a faltarle el oxígeno, notarás una leve sensación de ahogo. Es entonces cuando debes ingerir otra píldora. Están aquí, sobre la mesita. Son tuyas y tienes suficientes para quince años.

Yar miró el frasco. Era pequeño y aplastado, de cristal irrompible. Le sorprendió que un recipiente tan pequeño pudiera contener el aire que necesitaba su organismo durante quince años... ¡Y hasta el tiempo le pareció singular, por ser la misma cantidad de años que el Consejo Supremo de Justicia Militar le impuso como castigo por haber enamorado a una mujer!

— ¿Cómo es posible esto, doctor?

—Los «hordos» poseen el dominio de la compresión. Te asombraría saber el inmenso volumen de metros cúbicos de aire puro que contiene ese frasco. Cada píldora ha sido reducida a una cantidad increíblemente inferior.

»El estómago elimina la capa protectora de la píldora y la va diluyendo lentamente, a medida de nuestra necesidad respiratoria. Verás que el frasco contiene treinta píldoras, y cada una de ellas nos suministra oxígeno durante seis meses.

«Ocurrirá, empero, que unos necesitarán más oxígeno si efectúan ejercicios físicos. Eso no tiene importancia, porque existe un regulador de compensación que funciona en los pulmones. Lo que sí es preciso tener muy en cuenta es los alimentos que ingerimos. Hay una serie de aminoácidos que nos están prohibidos.

»El doctor Kio nos dará una conferencia acerca de esos aspectos vitales para nuestro desarrollo.

— ¿Y el problema de nuestros hijos? —preguntó Yar.

—De momento, está sin solucionar. Habrán de permanecer en lugares cerrados y de atmósfera adecuada. Cuando tengan diez o doce años, podrán ser operados como tú, o bien dejaremos una selección que observen nuestro

metabolismo natural, para que se vayan multiplicando.

«Encontraremos muchas facilidades por parte del Consejo Científico «hordo». Comparten nuestra inquietud y, por motivos puramente étnicos, no desean que desaparezca nuestra raza.

—Una curiosidad de los conquistadores, ¿eh? —preguntó Yar, con amarga ironía.

—Los «hordos» no parecen tan malos como creíamos. Los encuentro bastante... ¿podemos decir humanos, Yar?

—Diga usted lo que quiera, doctor. Para mí siempre serán los que han destruido la Tierra.

—El otro día me estaba diciendo el doctor Kio que en el universo existen billones de planetas semejantes a la desaparecida Tierra. No nos será difícil, algún día, conseguir autorización para ir a establecemos en alguno de ellos. Elegiremos uno con atmósfera adecuada. A nosotros no nos perjudica no respirar y cuando sea necesario, con abrir la válvula pulmonar de nuestro circuito cerrado, seremos de nuevo como nuestros padres.

* * *

El emperador Enko aceptó que la comisión terrícola podía ser la mitad de toda la colonia. Pero exigió que la Junta de Supervivencia, íntegra, estuviese en cabeza del grupo de sesenta personas obligadas a rendirle vasallaje.

Era un gran triunfo para el Muy Alto y Poderoso Emperador de Vaan y del Universo, Caudillo de los «hordos», Jefe Supremo de Altair, Señor y Magistrado Superior de doce mundos en el Sistema de los Dos Soles, Conquistador de Iterma, Protector electo de los «grons», Dominador de Xank y Vencedor de «Miari». No importaba que los vencidos fuesen un exiguo número, muy inferior al de su guardia personal. Aquella ceremonia era simbólica.

«Miari», la exterminada, estaba allí, representada por sus supervivientes... Y Enko estaba satisfecho. Jamás un pueblo había sido tan difícil de vencer como el terrestre. Pero lo había conseguido, al final. Sus antepasados iniciaron la larga guerra y él la terminó.

Enko, ataviado con un manto de escamas doradas y engarzadas con piedras azules, alzó dignamente su enorme y bien proporcionada cabeza, sobre la que estaba la corona de sus múltiples dominios, y vio descender la comisión que ahora venía a rendirle tributo de majestad y vasallaje.

Cinco años habían tardado aquellos seres, varones y hembras, en comparecer ante él. Enko había sabido esperar. No tenía prisa. Su trono era sólido y seguro. Su orgullo muy grande... ¡Mucho más que el de los «miaris», que ahora venían a doblegarse ante él!

Jeo, su Consejero Mayor, le había aconsejado magnanimidad. Aquellos infelices merecían toda clase de conmiseración. Era el resto deprimente de una raza extinguida.

Y Enko se disponía a ser magnánimo.

El Consejero Mayor se adelantó, anunciando:

—Muy Alto y Poderoso Emperador de los «hordos», he aquí a la comisión de los «miaris» que vienen a postrarse ante ti.

—Que se aproximen —respondió Enko.

Entre los primeros venía Yar Almax, con la cabeza erguida, sujetándose la clámide amarilla que cubría su cuerpo. Llevaban todos sandalias de un material transparente, muy flexible y duro.

El coronel Humet llevaba su uniforme militar debajo de la clámide. En el pecho lucía varias condecoraciones que siempre llevó consigo en su cautiverio. En su mente, aquel hombre intransigente ocultaba un siniestro propósito.

Al pie del maravilloso trono de Enko, todos se detuvieron.

— ¡Inclínense ante el emperador Enko! —gritó el consejero Jeo, alzando sus tres brazos al techo.

Todos los terrestres, menos uno, se inclinaron.

— ¡Yo no me inclinaré jamás ante un gusano repulsivo como este! —respondió el coronel Humet, con rencorosa altivez—. Él destruyó nuestra civilización, pero sobre su horrible y deforme cabeza caerá todo el peso de los seres exterminados.

Enko sintió hervir la rabia dentro de su mente.

— ¿Qué burla es esta? —rugió.

—Prefiero morir antes de someterme —contestó el coronel, abriéndose la clámide y sacando un punzón acerado que había llevado oculto, bajo las ropas —. Pero antes de morir acabaré contigo.

De un salto, Humet avanzó hacia el trono, alzando su punzón con el puño cerrado en alto.

No pudo alcanzar ni siquiera el primer peldaño del trono. Un jefe de la guardia empleó su arma, lanzando un rayo, azul verdoso, hacia el coronel, a quien alcanzó en la espalda.

Se escuchó un grito espantoso y una llamarada fugaz envolvió al presunto regicida, desintegrándole en una fracción de segundo.

Sobre el trono, Enko se había puesto en pie, rugiendo:

— ¡Malditos, malditos! ¡Destruidlos a todos! ¡Os lo mando! ¡Matadlos ahora mismo!

—No, Muy Alto y Poderoso Señor —gritó el Consejero Mayor—. No hagáis eso... Oídme, primero... ¡Mira a tus enemigos postrados ante ti! ¡Contempla tu inmenso poder! ¡Admira la grandeza de tu triunfo y que un pequeño incidente no empañe este gran día!

— ¡Pretendía matarme, Jeo! —replicó el Emperador.

Yar, con la frente en las baldosas de ónice negro del suelo, sentía latir su corazón con fuerza. Solo había levantado un tanto la cabeza, para ver morir al altivo coronel Humet, cuyos planes había llevado en secreto.

Comprendió que había sido un sacrificio inútil. Humet era un hombre íntegro y valiente, pero, en ningún momento, había deseado el sacrificio de

sus coterráneos, sino el suyo propio. Había intentado matar al tirano, sin éxito.

Había aprendido el suficiente lenguaje «hordo» en dos años para entender las palabras del Emperador y su consejero mayor. También vio a la guardia aprestar sus armas, dispuestos a obedecer el mandato de Enko.

Alguien tenía que hacer algo. Y fue Yar quien alzó la cabeza, diciendo:

—Escuchadme, Muy Alto, Serenísimo, Poderoso y Magnánimo Señor, no os precipitéis en vuestra justísima cólera. Nosotros ignorábamos que el coronel Humet estuviese loco, pues es inadmisible la cordura cuando ha intentado levantar un arma contra ti.

— ¿Loco? —preguntó el Emperador.

—Sí. Debía de estar loco. Últimamente paseaba solo, sin hablar con nadie, mohíno y amargado. Ahora he comprendido a qué obedecía su actitud... Pero no os ha causado ningún daño. Nosotros estamos aquí para rendiros el tributo que os merecéis. ¡Él ya ha muerto! ¡Nosotros no somos responsables de sus actos!

—Dices bien, Yar Almax —añadió el Consejero Mayor—. Tú eres inteligente. ¡Hacedle caso, Soberano del Universo! Un humilde siervo de una raza casi extinguida te suplica perdones a los suyos.

—Está bien. Vosotros no tenéis culpa ni de la guerra que entablaron vuestros antepasados ni de la locura de ese infeliz. Olvidaré el incidente.

Enko era voluble. No se había asustado lo más mínimo, porque estaba seguro sobre su trono, custodiado por más de quinientos guardianes armados por rayos desintegrantes. ¿Qué importaba un terrícola, si allí estaban los demás, trémulos, a sus pies?

—Mucho tiempo ha transcurrido desde que os trajeron a Vaan —habló el Emperador, gozoso de tener a todos aquellos seres tendidos sobre las baldosas del salón regio—. He sido benévolo con vosotros y os he perdonado las debilidades propias de vuestra condición. En el fondo, no sois mala gente y de vuestra soberbia no tenéis la culpa, puesto que la habéis heredado de vuestros antepasados, ya desaparecidos.

»Quiero y deseo que viváis con mis otros súbditos y que vuestra raza resurja con vigor y fuerza, para que adoréis a vuestro amo y señor y estéis a mi servicio y al de mi descendencia. Seréis súbditos de Vaan, con los mismos derechos que los demás. Tendréis libertad de acción y seréis respetados.

»Podéis tener vuestro propio consejo o junta de supervivientes, pero nunca podréis alzaros contra mí. Respetaréis nuestras leyes y estaréis sometidos a mis tribunales públicos.

»Ahora, con mi permiso, podéis levantaros. De uno en uno, pasaréis por delante de mi trono y besaréis el suelo que yo piso.

Yar Almax soportó estoicamente aquel discurso, diciéndose que debía moderarse, aceptarlo todo, transigir y ser paciente. Les había llegado el turno de doblegarse ante el tirano, quien pretendía dulcificar su tono para impresionar a sus nuevos súbditos.

Yar tenía que ser el primero en inclinarse y besar el suelo pisado por el

Emperador. Todos sus compañeros debían pensar lo mismo que él. Y por este motivo, avanzó despacio hasta el primer peldaño del trono, donde había muerto el coronel Humet.

Allí se arrodilló y besó el suelo.

El silencio en el gran salón regio era impresionante.

Luego, uno a uno, el resto de los terrícolas, entre los que estaba Lolli, imitaron a Yar. La humillación estaba consumada.

* * *

Desde aquel instante, los terrícolas quedaron libres de instalarse donde quisieran, pero todos, sin excepción, optaron por regresar a «Edén», donde continuaban albergados sus hijos. Ahora, gracias a la operación pulmonar a la que habían sido sometidos, podían entrar y salir libremente y vivir en el mundo exterior de Vaan, donde no existía atmósfera.

El aire de «Edén», artificial, tampoco les perjudicaba. Hubiesen podido vivir tranquilamente dentro de una cámara de gas cianógeno.

Y, naturalmente, a su regreso a «Edén», los comentarios giraron en torno a la muerte del coronel Humet.

—Yo estaba seguro de que no soportaría la humillación —dijo un hombre llamado Mussli—. Conocí bien al coronel.

—Debió usted avisarnos, Mussli —le reprochó Yar.

— ¿Para qué?

—Hubiésemos intentado disuadirle.

—No habríamos conseguido nada —apoyó el doctor Chasm—. Prefirió morir. Él debía de saber que no lograría alcanzar a Enko.

—Convinimos en aceptar la humillación. No hemos perdido nada con eso —declaró Sid Conner—. Ni siquiera podemos considerarnos infamados. Hoy no hemos hecho más que ganar una victoria por la supervivencia y estoy seguro de que nuestros descendientes nos lo aprobarán en el mañana.

Yar no parecía inclinado a conversar y aprovechó la ocasión para retirarse a su albergue, en compañía de Lolli.

En su morada encontraron a Bisia, que había reunido a sus hijos y a los de Lolli y los cuidaba en ausencia de sus padres.

— ¿Cómo ha ido?

—El coronel Humet ha muerto —dijo Lolli, sencillamente.

Bisia no se alteró siquiera.

— ¿Cómo fue?

—Se lanzó hacia el tirano, buscando la muerte... Y le desintegraron. Era lo que él quería.

—Eso teníamos que haber hecho todos —musitó Bisia, con rabia.

—No. Esperaremos... ¡Yo he jurado matar a Enko y lo haré algún día! —masculló Yar, secamente.

— ¡Calla, no digas eso! —exclamó Lolli, tapándole la boca—. Podrían oírte. No sabemos si continúan vigilándonos.

Bisia se apresuró a reunir a sus doce hijos. Había cuatro de pocos meses, que transportaba en un carrito con ruedas. Los otros ya caminaban, agarrados al carrito de sus hermanos. Eran cinco niñas y siete varoncitos, todos rubios, como su padre.

Yar se quedó en una butaca, contemplando a sus nueve hijos, todos varones. Los más pequeños, en sus cunas, agitaban las piernas desnudas bajo el tibio calor de los rayos infrarrojos del techo.

Yar-1, Yar-2 y Yar-3 eran los mayores. Iban a cumplir cuatro años y se peleaban entre sí con coraje, diciéndose palabras del nuevo esperanto terrestre y palabras en lengua «horda» que les había enseñado su madre.

Luego venían Gerry, Oscar y Benny, de tres años y algunos meses. Ya hablaban bastante, aunque con torpeza. Los más pequeños eran Pet, Nick y Sid.

Mientras estaba sentado en la butaca, pensativo, los niños intentaron subirse en sus rodillas. Yar-3, como siempre, logró encaramarse por encima de sus hermanos y abrazarse al cuello de su padre. A Yar le agradaba mucho sentir la respiración de sus hijos en el rostro. Eran seres de la desaparecida Tierra, aunque hubiesen nacido en el exilio.

— ¡Vosotros nos vengaréis! —exclamó Yar, emocionado, abrazando a sus hijos.

Regresó Lolli y se quedó en la puerta, contemplando la escena. Sin poderlo evitar, las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Cuando yo era niña, mi madre me llevaba a un jardín infantil, próximo a nuestra casa. Allí jugábamos con otros niños y niñas. Yo tuve una infancia feliz.

—Nuestros hijos también la tendrán, Lolli.

— ¿Jugando con los hijos de esos monstruos de enorme cabeza?

Yar no contestó. Pensó que debía inculcar a sus hijos el odio a sus enemigos. Y ya era tiempo de hacerlo.

—Os voy a contar un cuento, pequeños —empezó diciendo, con torva inflexión en la voz—. Érase una vez un pueblo en donde vivían muchas gentes distintas. Habían ricos y pobres, negros y blancos, y nunca se habían llevado muy bien entre sí.

»Pero un día llegaron otros seres, provistos de pequeños cuerpos y cabezas muy grandes...

— ¿Como los «hordos»? —preguntó Yar-2.

—Sí, como los horribles «hordos». Entonces aquellos seres que se veían amenazados por los peligrosos enanos cabezudos se unieron todos y lucharon contra ellos. Esta guerra duró mucho tiempo. Los que la empezaron no pudieron verla acabada, porque murieron de viejos antes de entablarse el último combate.

»La guerra terminó al fin y el pueblo feliz desapareció totalmente, desintegrado en una espantosa explosión. Los «hordos» malos los destruyeron a traición.

De aquel modo, Yar Almax empezó a inculcar el odio en el corazón todavía puro de sus hijos. Pero también les enseñó a ocultar sus sentimientos.

—Los «hordos», ahora, dicen ser amigos nuestros. Vosotros debéis sonreír por fuera y odiarlos de pensamiento, a la espera de que llegue la liberación, que llegará algún día.

— ¿Y destruiremos a los «hordos», como ellos destruyeron el pueblo feliz?

—Sí... ¡Pero nosotros no dejaremos ni uno solo de su raza!

—Y ¿por qué? —preguntó Yar-1 —. Los «hordos» nos han dejado vivir a nosotros.

—Nos han dejado vivir para humillarnos, Uno.

Lolli habría de decir después a Yar:

—Creo que no deberíamos enseñar eso a los niños, Yar. No les hará muy felices.

— ¡No tienen que aspirar a serlo! Su único deseo, por ser nuestros hijos, ha de ser la venganza y la libertad en un mundo semejante al que nos han destruido.

—Es curioso el cambio que has experimentado, Yar. Tú no eras así. Según «LO» tu afición era conquistar chicas y la guerra «terri-hordo» te importaba un bledo.

—Tengo treinta años, Lolli. Estoy contento de tenerte conmigo. Yo era una especie de granuja sin dignidad, pero ahora tengo una justificación en la vida. Me debo a mi raza. Ellos nos legaron una herencia que debemos transmitir pura y sin mezcla.

«¡Nuestra humanidad tiene y debe de sobrevivir!

—Sobrevivirá, Yar. Ya lo verás... Y pienso que quizá lo veamos nosotros. Sé que hay muchos «hordos» que no quieren a su engreído Emperador. Lo he sabido en la escuela. Un maestro me dijo que algo podía ocurrir algún día y seríamos libres de ir a instalarnos en un planeta semejante al que nos destruyeron.

—Yo también sé que muchos «hordos» no quieren a su jefe, pero nadie es capaz de mover un solo dedo contra él, ¡porque no tienen dedos! —declaró Yar, sin ánimo de burlas—. Cuando estalle una nueva guerra, con otros mundos lejanos, «hordos» y «grons» y quizá nosotros también iremos a luchar por la mayor gloria y endiosamiento de Enko, el rey del Universo.

—La señora Darran era historiadora. Me ha dicho que, hace siglos, en nuestro mundo, existían lo que ella llama conspiraciones. Se reunían un grupo de hombres y acordaban trabajar en contra de reyes y gobiernos.

«Asegura la señora Darran que, en muchas ocasiones, los conjurados conseguían sus fines, dando un golpe de estado y derrocando al rey o al gobierno.

— ¿Cómo lo sabe ella? —preguntó Yar, que ni siquiera sabía el significado de la palabra historia.

—Ha estudiado los libros antiguos. Ha visto «films» del siglo Veinte, y sabe todas estas cosas. Era consejera de guerra.

—Hablaré con esa mujer... ¡Ah, otra cosa! ¿Quién es el maestro que te dijo eso de que muchos «hordos» no quieren a Enko?

—Es el profesor Fiil.

—Iré a verle. No estando el coronel Humet, yo me encargaré de la jefatura de la Junta de Supervivencia. Los otros, pese a que fueron militares, no quieren mandar ni tener responsabilidades.

Capítulo V

La ciudad de Vaan se había construido en torno al colosal palacio de los reyes, y era una urbe singular, complicada y caprichosa, enteramente construida de un metal rojo muy abundante en aquel sistema, al que no destruían óxidos de ninguna clase, porque los agentes de la naturaleza no existían.

En Vaan no había atmósfera, ni agua, ni vegetación. Los «hordos» se alimentaban muy de tarde en tarde, ingiriendo una sustancia azul que extraían de minas subterráneas de su mundo y de otros parecidos, situados en torno a

sus dos inmensos soles, que eran la fuente de luz y calor vitales para su subsistencia.

Había «hordos» poderosos y pobres, porque la riqueza y la pobreza, como todo en Vaan, era hereditario y pasaba de padres a hijos. Que se enriqueciera un pobre era dificilísimo, aunque no improbable. Se necesitaba, empero, para ello haber realizado alguna labor destacada. Entonces los dignatarios de la corte, o el propio Emperador, ayudaban al súbdito y le encumbraban.

También podía el Emperador arruinar a un rico, desposeyéndole de todas sus riquezas, por capricho o enojo. Los más parias, los que sus padres no habían recibido ninguna herencia, tenían que trabajar. E incluso, dentro del mundo del trabajo, había clases sociales.

La ínfima clase era la que permanecía largas horas en las galerías subterráneas, extrayendo el «gel azul» con el que se alimentaban sus coterráneos de mayor categoría. Había fábricas, talleres, enormes industrias, pero no ejercitaban ninguna clase de comercio. El «gel azul» de mejor o peor calidad, era libre y se daba a todos los «hordos» obligatoriamente. Esto les permitía vivir. En el trabajo percibían salarios insignificantes, en forma de papeles de crédito, con los cuales podían adquirir alojamientos bonitos, muebles y objetos de recreo y comodidad.

Sus casas eran lo más parecido a una colmena, aunque había auténticos palacios, con el mismo aspecto de reciente construcción que si acabasen de ser terminados. Todo parecía nuevo en Vaan y esto era debido a que agentes atmosféricos inexistentes no podían deteriorar nada.

Sus calles eran túneles iluminados con singulares espejos. Las calles más profundas y las galerías subterráneas estaban iluminadas con energía eléctrica.

Para subir a sus alojamientos, los «hordos» utilizaban las calles inclinadas, efectuaban idas y venidas, hasta alcanzar el piso en que vivían, teniendo en cuenta que muchísimos bloques tenían más de dos mil pisos de altura. Invariablemente, los «hordos» trabajaban cerca de sus alojamientos, pero los había que empleaban más tiempo en ir y venir de su trabajo que en laborar.

Por suerte, el metabolismo «hordo» era simple y para su descanso no necesitaban más que tres o cuatro horas. El resto de su tiempo lo dividían entre el trabajo y el recreo.

Era frecuente, también, ver grupos de enanos cabezudos, sentados en corros, junto a las entradas de sus viviendas, hablando con sus vecinos. Para ellos se había visto con curiosidad el paso por sus calles de los primeros terrícolas sometidos al vasallaje del emperador Enko.

Los «hordos» también eran curiosos, pero discretos. No molestaban a «grons» o terrícolas, si estos no se dirigían a ellos y les preguntaban algo. Entonces les atendían amablemente, pretendiendo mostrarse solícitos y obsequiosos.

Dirigiéndose una tarde —los terrícolas seguían dividiendo su tiempo como en su desaparecido planeta — hacia la escuela de Fiil, Yar y su hijo Yar-1, al que llevaba de la mano, se encontró con una hembra «hordo» que se le acercó,

diciéndole:

—«Miari», perdona... ¿Es tu hijo?

—Sí —contestó Yar.

—Debes quererle mucho, ¿no es así?

—Cierto, mujer.

—No quiero ofenderte, «miari», créeme. Pero sois todos muy feos.

—Eso es porque me comparas con vosotros, mujer —dijo Yar, sin enojarse, porque conocía la simplicidad del pueblo «hordo»—. Nosotros hemos nacido así, nuestros padres eran así y mi hijo, ya lo ves.

—Yo te comprendo, «miari». ¿No estás enojado conmigo?

—No, mujer. De veras.

— ¿Tú crees que un «miari» y una «hordo» podrían juntarse y tener hijos?

—No, no puede ser, mujer. De todas formas, gracias por tu amabilidad.

Según era costumbre entre los «hordos», las hembras podían hacer el amor a los varones con la naturalidad que entre nosotros se pide lumbre en la calle para encender un cigarrillo. El elegido debía mostrarse agradecido y aceptar siempre, pues era un alto honor el que se le hacía.

Yar continuó su camino y su hijo le preguntó:

— ¿Qué quería esa mujer, papá?

—Nada, simple curiosidad. No somos como ellos y quería conocer nuestras costumbres.

* * *

El profesor Fiil tenía una vieja academia en la calle 3.458-8-1-5. Con estos números era fácil localizar en Vaan a un individuo. Yar lo sabía y llamó a la vieja puerta —¡que parecía nueva!—, empujando el llamador en forma de espada.

Un sirviente «gron» —los «grons» era una raza inferior, parecida a los «hordos», pero de color pardo, en vez de azul, aunque su cabeza no era tan grande— le abrió la puerta y les hizo pasar, después de haber acariciado la mejilla a Yar-1 con su mano-ventosa y decir:

— ¿Cómo está hoy el pequeño Yar-3?

—Soy Yar-1 —replicó el pequeño, en «hordo», con aire ofendido.

—No confundas a Yar-1, Hig. Se molesta.

—Lo hago en broma. Los conozco muy bien... El profesor está con unos amigos.

— ¿Podemos pasar a verle?

—Sí, ¿cómo no?

Yar y su hijo penetraron en una sala, al fondo de la cual había una puerta cerrada. Hig se acercó y presionó un botón. Al abrirse la puerta anunció:

—El señor Almax y su hijo Yar-1.

En el acto apareció en la puerta el profesor Fiil, un «hordo» de rostro inexpresivo, pero de palabras dulces y actos cariñosos, cuyos tres brazos se enroscaron en las piernas de Yar, en señal de saludo.

—Pasa, amigo mío. Los hombres de que te hablé han llegado.

Yar entró en una sala alfombrada. Sentados, o sea con sus cuerpos enroscados y la cabeza encima, apoyándose con las manos en tierra, había ocho individuos «hordos». Todos, empero, se levantaron para abrazar las piernas de Yar, quien puso su mano derecha sobre sus cabezas, de uno en uno.

El profesor Fiil era un sujeto de clase media, ni pobre ni rico, intelectual y enemigo del tirano. Sus amigos habían llegado de otras ciudades del planeta y la reunión era importante, por eso había acudido Yar a ella.

Se sentó, pues, en el corro y su hijo lo hizo a su lado...

—Este es Leik —empezó Fiil a presentar a sus compañeros—; este Kaol, Miit, Eidero, Tao, Dimeer, Ekne, Seil y Palen... Amigos, el señor Yar Almax.

—Mucho gusto —dijo Yar, complacido—. Mi primogénito, Yar-1 Almax.

— ¿Es muy joven? —preguntó uno.

—Sí. Nosotros vivimos alrededor de cien años, o sea la equivalencia de novecientos «luars» vuestros. Mi hijo solo tiene seis años.

—Muy joven —dijo el «hordo» llamado Tao.

—No importa —habló el profesor Fiil—. Yar quiere que su hijo esté enterado de todo cuanto él hace y decide. Su situación no es la nuestra, debido a que él juró vasallaje al tirano y nosotros no.

—En mi desaparecido mundo a mi presencia aquí le llamarían traición y sería condenado a muerte o a encierro. Pero no me importa. Mi mundo fue destruido por el tirano Enko y he jurado destruirle a su vez.

—Queremos que nos hable Yar de su república —dijo Ekne, al parecer interesado—. En nuestra ciudad; mis alumnos tienen mucho interés en conocer datos de esa forma de gobierno.

—He sabido que en la Tierra hubo muchas formas de gobierno. Y una en que podían intervenir todos los ciudadanos era la república democrática.

— ¿Tú la conociste? —preguntó otro de los reunidos.

—No. Cuando yo nací, la Tierra estaba regida por una asociación de gobiernos. Habían nombrado un Presidente ejecutivo y un parlamento. Estos nombraban los Consejos y los Jefes del Gran Cuartel General. Estábamos en estado de guerra latente.

—Para que lo comprendáis mejor —intervino el profesor Fiil—, los terrícolas elegían a sus gobernantes. Se nombraban aspirantes o candidatos, que podían serlo aquellos individuos populares y conocidos. El pueblo confiaba en ellos y les votaba. Quien obtenía mayor número de votos era el elegido.

»Cada candidato presentaba su propio programa de gobierno ante sus electores. Había candidatos que, sin ser muy conocidos, ofrecían mejorar las condiciones de vida del pueblo y con ello obtenían la mayoría de votos. Luego habían de cumplir lo prometido, al conseguir la presidencia del gobierno.

—Algunos no podían cumplir sus promesas o no podían, debido a la oposición que siempre estaba presente —aclaró Yar—. De este modo, el pueblo se consideraba engañado y en las siguientes elecciones destituían al

presidente.

— ¿Y le castigaban por sus errores? —preguntó Miit.

—No. Su relevo o dimisión era suficiente castigo.

— ¿Sería ese un justo castigo para el tirano Enko? —preguntó otro conjurado.

—Yo pido su cabeza —exigió Yar.

—Si triunfamos la tendrás —prometió el profesor Fiil—. Ahora, quiero que escuches al profesor Leik, Yar. Tiene algo importante que decirte.

Yar se volvió a mirar al citado Leik, quien dijo:

—Ya debéis saber que en mi ciudad, Trakve, existe un gran campo militar. Su jefe, el general Saedi, acaba de ser desmovilizado. Llamado a Vaan, tuvo una discusión con un consejero del emperador, y le han obligado a entregar el mando y a ceder parte de sus bienes.

«Conozco a Saedi y he hablado con él. Me ha asegurado que si nos rebelamos contra el tirano, tomará el mando de las naves que dirigió en la guerra y las dirigirá sobre Vaan.

»Son un millón de naves de guerra, provistas de torpedos atómicos y rayos desintegrantes. Y el general Saedi sabe cómo hacerse obedecer de sus soldados, los cuales están muy descontentos del gobierno.

—Eso es muy interesante —admitió Yar—. Pero el general Saedi dispone de pocas naves... ¡Enko puede dirigir contra ellos las «masas» de sus cuerpos siderales, que suman casi un billón, y aniquilarle en pocas horas!

—Por algo hemos de empezar, Yar —dijo el profesor Fiil—. Nuestra conjura está tomando cuerpo y eso es lo importante. No tenemos prisa. Poco a poco conseguiremos nuestro propósito.

— ¿Y si se entera el ejército de seguridad? —preguntó el «hordo» llamado Kaoi.

—Es preciso correr ese riesgo. Aunque, en realidad, el ejército de seguridad está aletargado. No se preocupan más que de divertirse, sin pensar en nada. Lo más difícil es contrarrestar la reacción del ejército.

—Yo pensé en algo —habló Palen—. Se me ocurrió que utilizando el «Vibrador de luz» podíamos anular durante varios días a todo el planeta.

— ¿«Vibrador de luz»? —preguntó Yar—. ¿Qué es eso?

—Algo sumamente diabólico, ideado hace años por nuestros científicos militares. Se trata de un enorme diapasón electrónico, grande como una ciudad como Vaan, que se construyó en el desierto Jiot, por si nos atacaban las naves terrestres.

—Ocurrió, empero, que en la primera prueba hubieron de rechazarlo —continuó diciendo el profesor Fiil—. A consecuencia de su gran poder vibratorio murieron millares de «hordos», se derrumbaron gran número de edificios y causó infinidad de heridos.

«Nuestro organismo no está habituado a tales ruidos, que de tan potente, no se oye, pero se ven sus efectos por medio de una fabulosa concentración de fotones luminosos alterados. Hay que tener en cuenta que ese ingenio es

activo por la corriente luminosa de dos soles.

— ¿Una vibración intensísima? ¡Eso fue lo que emplearon conmigo para anularme y capturarme! Incluso «LO» quedó dislocado —declaró Yar.

—Ese plan no es factible, Palen. El ejército de seguridad quedará anulado, pero nosotros también.

— ¿Es que importamos nosotros? —exclamó Palen—. Pero no me habéis dejado terminar. Sabemos que las vibraciones lumínicas no llegan a las galerías más profundas, donde están los pobres parias que pretendemos redimir. Ellos podrán hacerse con el poder, saliendo de sus refugios y desarmando al ejército, a la guardia y la reserva militar. Sin ellos, el tirano está más perdido que un niño en el desierto.

—Pues no está mal pensado. Nosotros podemos refugiarnos en las galerías, junto con los obreros de última condición. Se pueden sacrificar los que accionen el «Vibrador de luz».

—Ni siquiera hay necesidad de eso —añadió Palen—. Hay unas campanas, antisónicas y herméticas, desde donde se maneja el vibrador. Allí pueden instalarse los técnicos.

— ¿Y quiénes serán?

—Los buscaremos. Yo conozco a alguien que se prestará a manejar el «Vibrador de luz». Necesitamos cincuenta individuos.

— ¿Qué opináis vosotros?

—Puedo conseguir esos hombres en Trakve. Y creo que el plan gustará al general Saedi —dijo Leik.

—De acuerdo. Separémonos ahora y reunámonos dentro de doce días. Para entonces debemos tener más adictos y la aprobación del plan por todos los conspiradores —terminó Yar, satisfecho.

Los demás aprobaron las medidas y convinieron seguirlas discretamente, para despedirse inmediatamente e ir saliendo uno a uno de la casa del profesor Fiil.

* * *

Una vez en la calle, de regreso a «Edén», donde continuaban residiendo. Yar-1 dijo a su padre:

—Me alegro de que me hayas operado de los pulmones, porque así puedo conocer bien a los «hordos», papá. ¿Crees que podemos tener confianza en todos esos hombres?

—Yo la tengo en el profesor Fiil. Y él conoce a los otros.

—Sin embargo, papá, había un hombre que no habló durante todo el tiempo, que me dio la impresión de estar allí espiando.

— ¿A quién te refieres, Uno? —se alarmó Yar, mirando a su primogénito.

—Al que el profesor Fiil nos presentó con el nombre de Dimeer.

—Para ser tan pequeño eres bastante perspicaz, Uno. Volvamos a casa del profesor.

Desandaron el camino y regresaron a casa de Fiil, el «gron» Higles abrió la

puerta, sorprendido.

— ¿Se han marchado todos? —quiso saber Yar.

—Sí.

—Deseo ver al profesor, Hig.

El criado condujo de nuevo a los visitantes a presencia de Fiil, quien les recibió en su sala privada. Yar no vaciló en entrar en materia.

—No sé por qué razón, mi hijo cree que Dimeer es un traidor, profesor.

Fiil quedó pensativo.

— ¿En qué te fundas para decir eso, Uno? —preguntó el profesor «hordo».

—No lo sé... Quizá me he equivocado... Se me ocurrió de pronto, al salir —balbuceó el chico.

— ¿De dónde ha venido Dimeer?

—Viene de Ferto. Tiene allí una escuela de psicología. Le conozco hace muchos años. Y lamento contradecirte, Uno, pero no creo que sea lo que tú piensas.

—Eso me tranquiliza. Debemos tener mucho cuidado con lo que hacemos.

—No te preocupes. No introduciría a nadie en la conjura que no fuese de mi entera satisfacción y confianza. Comprendo que es mucho lo que podemos perder.

—Según la historiadora Darran, en la Tierra los conjurados eran casi siempre condenados a muerte.

—Aquí no hay historia, Yar. No creo que eso ocurra, aunque la vida de los demás carece en absoluto de importancia para el tirano. Puedes irte tranquilo. La causa que defendemos es justa y venceremos.

—Dios te oiga, Fiil.

Yar se despidió de nuevo y reprendió a su hijo por haberle inducido a error, una vez estuvieron fuera.

—Perdóname, papá. Obré de buena fe —se limitó a decir el chico, mohíno.

* * *

Sin embargo, Yar-1 no se había equivocado. Por un anómalo fenómeno de transmisión de ideas, captó las aviesas intenciones del traidor que había en la reunión.

Dimeer, de Ferto, al salir de la academia del profesor Fiil, efectuó un rodeo y se dirigió hacia el centro de Vaan, donde estaba el palacio del Emperador y el Consejo.

Una hora más tarde, penetraba en un edificio particular, de arquitectura tubular. Un «hordo» vestido de negro le recibió.

—Deseo ver al Canciller Deim —dijo Dimeer.

— ¿Cómo te llamas?

—Dile que soy observador de Ferto.

—Bien. Espera aquí.

El cancerbero desapareció detrás de una pequeña puerta. Al poco asomó de nuevo y dijo:

— ¿Eres Dimeer?

—Sí.

—Entra, pues. El Canciller te espera.

El «hordo» vestido de negro se apartó y Dimeer entró, dando saltitos. Subió una rampa, deteniéndose ante una puerta de cristal, por la que se veía un espacioso y bien iluminado despacho, al fondo del cual había una plataforma de trabajo, sobre la que estaba inclinado un sujeto de piel parda: ¡un «gron»!

Cuando se abrió la puerta de cristal, Dimeer descendió por la rampa interior, yendo a detenerse ante donde estaba el Canciller Deim, a quien saludó, diciendo:

—La suerte te sea propicia, noble tribuno.

—Bienvenido seas, Dimeer. ¿Qué ocurre en Ferto?

—Allí nada. Aquí sí. Soy partícipe de una conjura contra el Emperador.

— ¿Pretende alguien sublevarse contra Enko? ¡Eso no es posible!

—Eso creo yo, pero la conspiración va en serio. Me he enterado por mi amigo el profesor Fiil. Hay otros conjurados, de distintas poblaciones, y en ella interviene un terrícola llamado Yar Almax y su hijo.

— ¡Eso es muy interesante, ya lo creo que sí! —musitó Deim —. Está bien. Vete y tenme al corriente. No hace falta que vengas. Te enviaré a un mensajero.

—Hemos quedado en reunirnos dentro de doce días. Intentan captar el general Saedi, quien asegura poder reunir un millón de naves espaciales. También se ha hablado de emplear el «Vibrador de luz».

— ¿No? ¡He de advertir inmediatamente al Emperador!

Cuando salió Dimeer, el Canciller Deim se frotó el rostro con una mano y estuvo pensativo durante un largo rato. Luego, musitó para sus adentros:

—Tengo que advertir al Consejero Mayor. Creo que esa conjura merece todo nuestro apoyo... ¡Si hacemos bien las cosas, el trono de Enko se desmoronará!

»Los terrícolas son un buen pasto para el pueblo... ¡Serán triturados o... convertidos en héroes, ya veremos!

Capítulo VI

Sid Conner y su mujer estaban cenando en casa de Yar y Lolli. El ex capitán de información militar, guapo y gallardo, sabía cosas que Yar ignoraba, respecto a cómo organizar convenientemente un golpe de estado, por haber sido adiestrado para la subversión, durante su entrenamiento en el ejército terrestre.

—Creo que estás jugando un poco a conspirador, Yar. Y eso puede costarte el cuello.

—Hemos de hacer algo y creo que soy el más indicado.

La respuesta de Yar no podía ser más clara y terminante.

— ¿Y por qué tú solo? —inquirió Sid, mirando fijamente a Yar.

—Si fracaso, cargaré con las consecuencias.

— ¿Estás seguro de que no pagaremos todos? —insistió Sid.

—Mi propósito es dejaros al margen.

—No sabes lo que dices. Intentas hacer algo en beneficio de todos nosotros, pero quieres cargar tú con las culpas.

—Sí.

—Si te descubren o se malogran tus planes, no pagarás tú solo. De eso puedes estar seguro. La ira del Emperador caerá sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Por lo tanto, estimo que debemos colaborar todos en la conjura.

—Sid tiene razón —dijo Bisia, aunque estaba asustada por las consecuencias que podría acarrearle si fracasaba la conspiración.

Lolli no despegó los labios. Había sufrido mucho últimamente, inquieta cada vez que Yar salía del albergue, y por ello había confesado todo lo que sucedía a su amiga. Sid Conner intervino y ahora estaban poniendo las cartas sobre la mesa.

—El terreno está abonado y la ocasión es propicia —dijo Yar, lentamente —. Tenemos un buen número de «hordos» dispuestos a secundar nuestros planes. No puedes hacerte una idea del descontento que reina entre los «hordos».

—Eso habría de ser sospesado y analizado convenientemente —declaró Sid Conner—. Y tengo la impresión de que tú eres un aprendiz de conspirador.

— ¿Quieres decir que sabes más que yo de estas cosas?

—Desde luego. No te niego una gran facilidad para enamorar chicas —dijo Sid, sonriendo y mirando a Lolli—. Pero de eso a llevar a buen término una revolución hay un abismo.

—Déjate de simplezas. Estoy obrando así por las razones que te he expuesto, pero te confieso que me gustaría poder confiar en alguien.

—Bien, confía en mí. Explícame cómo va todo, lo que has hecho y lo que piensas hacer.

—Tengo un profesor, con muchos alumnos, aquí en Vaan —empezó a decir Yar—. Es de toda confianza. Él ha buscado en las ocho poblaciones más importantes del planeta, a otros amigos, que, a su vez, cuentan con más descontentos. En total, somos unos mil.

—Sois muy pocos. Además, de ese modo, daréis con vuestros huesos en las prisiones del ejército de seguridad. ¿No te das cuenta que, tarde o temprano, alguno os delatará?

—Sí, corremos ese riesgo —admitió Yar.

—Pues no hay que correr ninguno. Una rebelión no se hace nunca entre la gente sencilla. Con esos se cuenta siempre. Lo importante es conseguir la colaboración de un pez gordo... Un consejero, algún general.

—Tenemos con nosotros al general Saedi, que cuenta con un millón de astronaves en la base de Trakve —exclamó Yar.

Sid bizqueó.

— ¿De veras?

—Es cierto, aunque tenemos que ganarle del todo.

— ¡Pues duro con él! Encárgate de comprometerle. Un general es lo que se necesita. Pero hace falta también algún importante personaje de la corte.

—También lo tengo —contestó Yar.

— ¿Quién es?

—«LO».

Sid sonrió de oreja a oreja.

—Un robot no puede traicionar a nadie, y menos a sus amos.

—«LO» es distinto. Su amo, prácticamente, soy yo. Te asombraría saber lo que «LO» es capaz de hacer. Entra en palacio cuando quiere; sale cuando le da la gana. Nadie se mete con él por ser el favorito del Emperador... ¡Y «LO» está con nosotros, aunque no lo parezca!

—El Consejo Científico ha modificado sus circuitos y le ha convertido en su sirviente de Enko.

—Ese es tu error. Los técnicos «hordos» no han hecho más que enseñarle un nuevo lenguaje. Sus principios robóticos son nuestros.

—Bien, admitido. «LO» puede ayudarte. ¿Cómo lo hará?

—Él inmovilizará a Enko en el instante en que demos el golpe. Se trata,

también, de accionar un «Vibrador de luz», situado en el desierto de Jiot, que paralizará la vida en todo el planeta durante unos días.

Sid quedó pensativo.

— ¿Un «Vibrador de luz»? —preguntó Lolli—. Eso debió ser lo que emplearon para capturarnos. Vimos un intenso rayo, escuchamos un gran ruido y luego...

—Así me apresaron a mí también. Es un arma peligrosa, incluso para los que la manejan.

Sid podía enseñar muchas cosas a Yar, sí... ¡Pero se dio cuenta de que su compañero de supervivencia estaba preparándolo todo mejor que él!

—De acuerdo, Yar. No andas mal encaminado. ¿Me permites que inspeccione yo todo eso?

—Puedes venir conmigo a la reunión de mañana, con el profesor Fiil y sus amigos. Tendremos noticias del general Saedi.

—Pero si funciona el «Vibrador de luz», ¿no os atacará también a vosotros?

—Hemos pensado ocultarnos en las galerías de «gel azul», y salir con los parias cuando todo esté paralizado. Es un plan bien ideado. Los que manejen el «Vibrador de luz» estarán protegidos por campanas antisónicas y antilumínicas.

— ¡Silencio! —exclamó Lolli, de pronto, poniéndose en pie y volviéndose hacia la puerta—. He oído ruido.

Todos se levantaron al unísono. Y en el mismo instante se oyó una recia llamada en la puerta, seguida de una voz en «hordo» que decía:

— ¡Abrid la puerta!

Yar saltó raudo hacia la ventana opuesta, que abrió. Pero se detuvo, al ver en el exterior varias cabezas enormes y unas manos ventosas que empuñaban armas desintegrantes.

Sin embargo, aquellos individuos no eran «hordos», sino «grons», como Yar pudo apreciar por la coloración de su piel.

Un instante después, más de veinte «grons», cubiertos sus raquíticos cuerpos con ropas negras, irrumpían en el albergue. Uno de ellos, de más noble aspecto, preguntó:

— ¿Quién es Yar Almax?

—Yo soy —confesó Yar.

—Tienes que acompañarnos.

— ¿Adónde?

—Ya lo sabrás. ¡Estás detenido! ¿Quiénes son estos?

—Mi esposa y un matrimonio amigo. ¿De qué me acusáis?

—No puedo decir nada. Sígueme. Tu esposa y amigos pueden quedarse aquí.

* * *

Yar fue conducido al suntuoso despacho del Alto Canciller Deim, que era

una especie de Comisario «gron» o Gobernador de los «grons», adscrito a la corte del Emperador.

Deim tenía preparado un asiento para Yar y despidió a su guardia, quedándose solo con el presunto detenido.

—Tú y yo hemos de hablar claro, amigo mío —empezó diciendo Deim—. Sé que estás conspirando contra el tirano y eso no me complace nada.

Yar estaba inquieto y sorprendido. Su detención no se había efectuado por tropas del ejército de seguridad. Más bien, los «grons» parecían un cuerpo especial del Canciller, cuya actitud no acababa de comprender.

—Me temo que estás en un error —replicó Yar, tratando al otro del mismo modo que le trataban a él.

—Estoy bien informado de tus pasos, Yar Almax. Pero no temas. Conozco tus intenciones y, en cierto modo, busco lo mismo que tú.

—No te entiendo.

—Mi raza también fue sometida por los «hordos». ¿Supones que íbamos a someternos siempre? Ocurre que no os creía tan atrevidos a los terrícolas, siendo un número tan exiguo.

— ¿Acaso quieres decir que tú también piensas en destronar a Enko?

—El Emperador será destronado muy pronto.

— ¿Y te pondrás tú en su puesto?

—No soy tan necio como para cometer semejante tontería. Quiero que los «grons» recobren su dignidad y sus mundos, ahora ocupados por los «hordos».

Yar sonrió y respiró aliviado.

—En ese terreno creo que podemos entendernos. Pero yo tengo cierta desventaja, porque desconozco tus planes y tú dices conocer los míos, lo cual puede ser cierto, ya que el traidor te ha hablado de mí.

El Canciller Deim era taimado y sabía manejar sus triunfos con habilidad.

—Conozco vuestros planes y no son malos del todo. Imagina, pues, si informo a Enko de ellos. Creo que a cambio, nos daría de buen grado lo que pensaba arrebatarle por fuerza.

—No te lo aconsejo, Canciller —replicó Yar, también seguro de sí mismo —. Eso no te libraría de Enko. Lo mejor que podemos hacer es ponemos de acuerdo y eliminar al tirano. Luego, no me importa que te quedes de rey, presidente o Alto Comisario, mientras que mis compañeros y yo podamos conseguir una superastronave y marchar a los confines del cosmos en busca de un planeta semejante al que nos ha destruido Enko.

— ¿Solo pides eso?

—Nada más —replicó Yar, tajante.

—Nos entenderemos, Yar Almax. Podemos aunar nuestro esfuerzo y dar el golpe de estado juntos.

— ¿Con qué cuentas?

—Con la adhesión de un billón y medio de «grons» repartidos por los doce mundos del sistema de los Dos Soles.

— ¿Te seguirán todos los «grons»? —preguntó Yar, sobreexcitado, por la inmensa claridad que veía ante él.

— ¡Me seguirán como un solo individuo!

—En ese caso debemos puntualizar y señalar los términos de la conjura. Tengo muchos amigos «hordos» que desean derrocar a Enko e instaurar una democracia parlamentaria.

— ¿Qué es eso? —quiso saber Deim, interesado.

Yar hubo de explicar al Canciller cuál era el propósito del profesor Fiil. Al final, Deim dijo:

—Me parece muy acertado. Que los «hordos» se gobiernen a sí mismos. Nosotros regresaremos a nuestros mundos y estableceremos tratados de paz con ellos. No sería procedente iniciar el nuevo período de relaciones equitativas con derramamiento de sangre.

»¿Quién habrá de ser el primer presidente?

—Fiil asumirá las funciones de presidente provisional, hasta que se celebren las primeras elecciones. Pero no se les debe quitar a los «hordos» los mundos que fueron de sus antepasados.

—Eso es discutible, porque los «hordos» siempre han sido individuos dominadores y belicosos y desde los primeros tiempos de la navegación espacial, sus exploradores nos avasallaron.

—Ahora no será igual, porque vosotros tendréis también naves espaciales. Lo mejor que podéis hacer, empero, es firmar tratados de paz, abolir las armas agresivas, e intercambiar vuestros respectivos centros de experimentación. Así se evitarán las sorpresas y traiciones.

—No eres tonto del todo, terrícola. Lamento profundamente lo que sucedió a tu mundo. Espero que vuestra raza se conserve, aumente y progrese.

»Por mi parte, te doy la seguridad plena de que si triunfamos, podréis disponer de la superastronave y de todo lo necesario para emprender el largo viaje en busca de vuestro nuevo mundo.

Yar cerró el trato con Deim uniendo la palma de su mano a la ventosa primaria del «gron». Luego, regresó a su albergue.

* * *

Lolli había pasado mucho miedo y angustia, temiendo por la vida de Yar. Sid y Bisia habían intentado consolarla, sin éxito. Pero la alegría de todos fue grande cuando Yar apareció en la entrada, radiante.

— ¡Felicitadme —exclamó—, ya tenemos el individuo clave para llevar a cabo la conjura!

— ¿Quién es?... ¿Qué te ha ocurrido?

—Tú tenías razón, Sid —dijo Yar abrazando a su esposa—. No soy más que un principiante de conspirador. Y precisamente por serlo, todos nuestros manejos han llegado a oídos del Canciller Deim, quien tenía también sus propios planes.

Después de sentarse, y tomando un refresco cordial y estimulante, Yar

narró las incidencias de la entrevista con Deim. Todo el plan fue aprobado por su esposa y amigos, y Sid exclamó, al final:

— ¡Ahora estoy seguro de que triunfaremos! ¡Ansío asistir a la reunión de mañana con el profesor Fiil! Los «hordos» tal vez sientan recelo ante el giro que están tomando las cosas. Se trata de convencerlos, porque ellos son nuestro punto clave, aunque solo sean mil conjurados.

»Los «grons» pretenden recuperar sus mundos, y me parece justo. Los «hordos» pueden creer que se les hace traición, y no deben entenderlo así. La auténtica democracia está basada en esos principios.

—No sé lo que dirá Fiil y los otros, pero de lo que sí estoy seguro es de que alguien ha avisado a Deim, lo que indica que está de acuerdo con él.

—Hemos de actuar con tacto, Yar... ¡Con mucho tacto!

—Sí. Ahora, vete a tu albergue y no hables con nadie. Mañana te llevaré a la reunión en la academia de Fiil. De allí saldremos con la fecha del levantamiento.

—Nosotras rezaremos para que todo salga bien.

Sid y Bisia se marcharon y al quedar solos, Lolli abrazó fuertemente a su esposo, apoyando su cabeza en el pecho de él y musitando:

—Creí que no volvería a verte más. Te juro que no temía la suerte que pudiéramos correr todos nosotros, sino que mi angustia era por ti.

—Te creo, amor mío. De no ser por el gran desastre que ha vivido nuestra raza, sería el hombre más feliz del mundo, al tenerte conmigo. Tú pilotarás la nave que nos llevará hacia nuestro nuevo mundo.

— ¿Cuál será? —preguntó ella.

—Habrá de tener todas las condiciones que tenía la Tierra. Mares azules, cielo azul, nubes blancas, árboles y pájaros, y todo iluminado por un radiante sol...

— ¡Y una luna! —añadió Lolli.

—Lo encontraremos, querida. Hay billones de mundos en el Universo que reúnen esas condiciones. Uno de ellos nos está esperando desde que desapareció nuestra tierra.

—Dios te oirá, Yar.

* * *

Al día siguiente, por la tarde, Yar y Sid acudieron a la academia del profesor Fiil. Habían pasado doce días desde la última reunión y los conjurados habían llegado ya por distintos caminos y a diferentes horas.

Cuando llegaron Yar y Sid, aún faltaban algunos «hordos». Entre los ausentes estaba Leik, de Trafcve, en quien se confiaba grandemente. Sin embargo, estaba allí Dimeer, de Ferto, quien miró significativamente a Yar cuando este entró, seguido de Sid.

Hecha la presentación de Sid Conner, a quien Yar presentó como de toda confianza, Dimeer habló en voz baja a Yar, diciéndole:

—Ya sé que has visto al Canciller Deim.

— ¿Fuiste tú quien le avisó? —se sorprendió Yar.

—Sí. Yo estaba en el complot de los «grons» y creía que su plan era mejor que el nuestro. Pero unidos todos, el éxito es seguro ahora.

—Confiemos en eso. ¿No ha venido Leik?

—Todavía no —contestó Fiil.

—Esperemos que venga pronto. Tengo noticias muy importantes para darles a todos.

—Me consume la impaciencia —replicó el profesor Fiil.

A los pocos minutos, Hig, el criado de Fiil, anunció la llegada de Leik y de otro individuo que le acompañaba. Los dos hombres entraron y Leik dijo:

—Amigos míos, permitidme presentaros al insigne general Saedi, que ha accedido a unirse a nosotros.

Hubo una explosión de júbilo ante aquella buena noticia y todos se sentaron, felicitando al veterano y distinguido general «hordo».

En voz baja y en lengua nativa, Sid dijo a Yar:

—Déjame tratar el asunto de la separación de los «grons». Sabré exponerla con habilidad.

—De acuerdo.

Luego, llegaron Miit y Tao y, como ya estaban todos, el profesor Fiil inició la reunión, diciendo:

—Amigos míos, la presencia aquí del ilustre general Saedi es indicio más que elocuente de que contamos con su ayuda.

—Incondicional —corroboró el general—. Dispongo de un millón de naves de guerra y de doscientos diez millones de soldados que obedecerán ciegamente mis órdenes. Tengo también el equipo técnico que manejará el «Vibrador de luz» en el desierto de Jiot. Solo falta aleccionar al pueblo de Vaan y contar con los desheredados.

—Y fijar la fecha del pronunciamiento —añadió Fiil, entusiasmado.

—Un momento —intervino Yar—. Queda por solucionar una cuestión política de la máxima importancia.

— ¿De qué se trata? —preguntó Leik.

—Desde la última reunión hasta la fecha, han surgido nuevos acontecimientos que nos obligan a fijar nuevas bases. Creo que mejor que yo, mi compañero Conner, sabrá exponer los hechos.

Una gran expectación siguió a las palabras de Yar. Todos los rostros se volvieron a Sid, quien carraspeó y dijo, en «hordo»:

—Amigos, además de nosotros, existe otro complot para derrocar al tirano. Se trata de los «grons», que exigen su libertad total y la devolución de sus mundos. Creo que esto no puede importar a un «hordo» honrado, puesto que los «grons» son tan esclavos como pueden serlo los mismos del «gel».

—Eso habría de discutirse una vez instaurada la república democrática — dijo Fiil.

—Los «grons» nos ayudarían a cambio de la ayuda que nosotros les prestaríamos a ellos.

—No debemos hacer concesiones ni repartirnos el mando antes de conseguirlo —dijo alguien.

—Si accedemos a devolver a los «grons» lo que les pertenece, como nosotros pedimos nuestra libertad, nos ayudarán en los doce mundos del Sistema —añadió Yar—. La democracia se ha de iniciar en este momento. El jefe provisional deberá ser el profesor Fiil, hasta que se hagan elecciones. El ejército, al mando del general Saedi, se comprometerá a respetar los acuerdos aquí tratados.

Yar estaba resultando más diplomático que Sid, porque continuó diciendo:

—Y jefes de los distintos consejos erigidos en cada planeta, seréis vosotros, a condición de que habréis de competir con nuevos aspirantes en los comicios a celebrar en su día.

—Me parece justo que los «grons» recobren su autonomía racial —ayudó Dimeer.

—Yo no veo inconveniente —dijo Ekne.

—Ni yo —añadió Fiil—. Creo que podemos firmar un tratado de amistad con ellos... ¡Lo importante es acabar con la dictadura!

—Pues no hablemos más... ¡Abajo el tirano!

— ¿Cuándo damos el golpe?

— ¿Estará todo preparado dentro de cinco días, fecha en que Enko da una fiesta en su palacio? —preguntó Yar, mirando a Saedi.

—Por mí, mañana mismo... ¡Estará todo preparado!

¡La fecha fue señalada: cinco días más tarde!

Capítulo VII

Al día siguiente, Yar reunió a toda la colonia de «Edén» y, con palabras emocionadas, les expuso detalladamente el plan que habían convenido para derrocar al Emperador Enko, instaurar la democracia en Vaan y conseguir todos ellos la libertad definitiva, junto con una superastronave que les permitiera llegar hasta algún mundo semejante al que todos habíais perdido.

Las mujeres, oyendo a Yar, lloraron de emoción. Les parecía imposible que aquel sueño pudiera realizarse. No les importaba que hubiesen de viajar cien años por el espacio, pero todos coincidían en lo mismo: querían un mundo semejante al que habían perdido, para instalarse allí y ser los primeros padres de una raza de la que ellos eran los únicos supervivientes.

La reunión llenó de alegría y esperanza a todos, muchos de los cuales abrazaron a Yar, ofreciéndose para ayudarle en todo y por todo.

—La mayor ayuda que me podéis prestar es permanecer aquí, como si nada ocurriera, hasta que todo esté terminado. Entonces, elegiremos la superastronave mayor que tengan los «hordos» y emprenderemos el Gran Viaje.

Al término de esta reunión, cuando regresaron a su albergue, Yar sufrió un auténtico sobresalto, al ver ante su puerta a un oficial de la guardia del Emperador, con un mensaje para él.

— ¿Eres Yar Almax? —preguntó altivamente el oficial del Emperador.

Sintiendo que su corazón le omitía algunos latidos, Yar asintió.

—Sí, yo soy. ¿Qué sucede, oficial?

—Un mensaje del Consejero Mayor —dijo el oficial, tendiendo a Yar un tubo rojo y metálico, que estaba cerrado y lacrado.

Una vez efectuada la entrega, el oficial saludó alzando sus tres brazos y dio media vuelta, alejándose dignamente a saltitos. Perplejo, Yar miró a Lolli y penetraron en la casa, rompiendo el lacre y sacando el tapón. Dentro, como habían supuesto, había un mensaje, escrito en caracteres «hordos», sobre una placa de metal flexible.

Debajo del escudo imperial, había una invitación para «El digno jefe de la Junta de Supervivientes terrícolas en Vaan», a fin de que asistieran, con clámide de gala, a la fiesta del ciento veintidós cumpleaños del Muy Alto y Poderoso Enko, Emperador de Vaan, etc., etc.

Tanto Yar como Lolli soltaron una estrepitosa carcajada, abrazándose llenos de alegría.

—Esto nos facilita las cosas. ¡Hubiese dado algo por estar junto al Emperador en el momento de producirse la sublevación! —exclamó Yar.

— ¿No será peligroso?

—Estoy seguro de que Enko morirá de miedo al sentir el primer aviso del «Vibrador de luz». Hemos convenido que un destello general advertirá al ejército de seguridad adicto al Emperador. Las naves del general Saedi estarán acto seguido sobre Vaan. Confiamos en que todo esto sea suficiente para que

Enko abdique y se entregue. Si no lo es, el «Vibrador» entrará en funciones y, cuando cese su efecto, los mineros saldrán de las galerías y el ejército de Saedi ocupará la urbe.

»Nadie podrá oponerse a ellos, porque todo estará paralizado, incluso nosotros. Pero Sid estará en las minas, con Fiil y los demás, y saldrán para tomar el mando.

»Al mismo tiempo, los «grons» aguardarán un día para levantarse en los doce mundos. Esperemos que ese día de diferencia servirá para evitar derramamiento de sangre, porque los virreyes serán conminados a entregarse a los delegados del pueblo que hemos enviado a todas partes.

— ¿Y has llevado a cabo tú solo todo ese plan, querido? —preguntó Lolli, incrédula.

—Totalmente solo, no, cariño. Me han ayudado todos, incluso tú. Y si tenemos éxito, te lo deberé a ti, cuyo aliento no me ha faltado nunca.

De la habitación interior salieron los tres hijos mayores. Yar-1, dijo:

— ¿Está todo listo, papá?

—Sí, Uno. Y por si fuese poco, el Emperador nos ha enviado una invitación para presenciar su derrocamiento.

—Creo que eres un hombre afortunado, papá — añadió Yar-2—. Y deseo que todo salga bien para poder respirar como Gerry, Oscar, Benny, Pet, Nick y Sid. Me ha dicho mamá que iremos a un mundo semejante al que teníais cuando vosotros nacisteis.

—Sí, es cierto. Iremos a un mundo maravilloso, verde y azul —musitó Yar, mirando a su tercer hijo—. ¿Y tú no dices nada, Tres?

—Sí, papá. También deseo que todo se realice de acuerdo con tus planes, para...

— ¿Para qué, Tres?

Tras vacilar un momento, el chiquillo dijo:

—Para ver a mamá pilotando una gran nave espacial.

Lolli se sintió orgullosa de su tercer hijo. Ella también era necesaria en la gran empresa. Su trabajo sería el último, pero tan importante o más que el de Yar y su conspiración.

* * *

En Vaan, como en todas las grandes ciudades «hordas», no existían vehículos ni automóviles particulares. Todo el mundo, sin excepción de clases, caminaba sobre su único pie, salvo los terrícolas, que se movían sobre dos.

Existían vehículos volantes para trasladarse de una población a otra, y sus estaciones estaban situadas en las afueras de la urbe, manteniéndose un gran trasiego de seres entre las ciudades del planeta y las de otros mundos del sistema de doce grandes mundos que orbitaban en torno a sus dos soles.

Con motivo de la fiesta del Emperador Enko, muchos dignatarios llegaron a Vaan y, seguidos de su cortejo, se trasladaron, a lo largo de las avenidas

principales, hasta la gran plaza circular que rodeaba el palacio del Emperador.

Yar y Lolli también hicieron esto. Salieron de «Edén», después de haber conversado Yar toda la noche con Sid Conner, y se dirigieron al palacio, donde aguardaron a que los chambelanes y jefes de ceremonia los introdujeran en los jardines, donde servían refrescos estimulantes y actuaban comparsas de faranduleros y comediantes, realizando representaciones de mímica, a las que eran tan aficionados los «hordos».

La fiesta prometía ser animada, y más cuando el propio Emperador, lujosamente ataviado y escoltado por su nutrida guardia, salió a una de las terrazas del palacio y saludó a sus invitados congregados en los jardines.

Yar y Lolli, que estaban de acuerdo con el Canciller Deim, penetraron en el interior del palacio, aprovechando el que todos los invitados estuviesen vitoreando al Emperador. Llegaron así a una dependencia en donde estaba el robot «LO», sentado detrás de una mesa, jugando al «krem», un juego parecido al ajedrez, pero de muchas más piezas, dispuestas en orden de batalla y que seguían, naturalmente, reglas distintas a las del ajedrez.

El adversario de «LO» era uno de los hijos de Enko, notable joven por su despejado talento, llamado Siok, y que sostenía con «LO» una partida que duraba ya varias semanas.

—Disculpadme, príncipe —habló el Canciller—. Los terrícolas son amigos de «LO». Han aprovechado la invitación de vuestro Muy Alto y Poderoso padre para venir a saludar a su amigo.

— ¡Ah, sí! —exclamó el príncipe—. «LO» vino a Vaan con los terrícolas. ¿Cómo estáis, amigos míos?

—Muy bien, príncipe —replicó Yar.

—Dejaremos la partida hasta que termine la fiesta, «LO». Puedes saludar a tus amigos.

«LO» se volvió a Yar y le tendió la mano, diciendo en lenguaje terrestre:

—Hola, solemne truhan. ¿Todavía no te han cortado la cabeza?

Yar se sobresaltó. Aquel lenguaje no era propio de «LO».

— ¿Por qué dices eso?

—Te supongo conspirando contra el Emperador.

— ¿Lo supones solo, «LO»?

—Es lógico, ¿no? Yo en cambio, como favorito de esta corrompida corte, paso el tiempo distrayendo a los altos dignatarios y haciendo por mis amigos todo lo que puedo. Incluso he sugerido al Emperador que os deje marchar de Vaan, en busca de algún mundo propicio para continuar vuestra multiplicación.

— ¿Eso has dicho? —preguntó Lolli.

—Sí. Lo malo es que Enko no quiere hacerme caso. Con cinismo me ha contestado que aquí, bajo su protección, estaréis mejor. Nadie os molestará jamás. En cambio, si os vais a otro mundo, podéis tropezar con enemigos más encarnizados que él y sucumbir para siempre.

»Dice que sois una raza bonita y decorativa y se complace, de vez en

cuando, en conectar su pantalla de teleobservación y os mira con deleite... Es una suerte para vosotros que Enko no conozca vuestra lengua.

»En numerosos casos me ha preguntado acerca de lo que estáis hablando —«LO» hizo una intencionada pausa—. Yo, naturalmente, he dicho que habláis de filosofía.

Yar comprendió y sonrió.

—Gracias, «LO». Sabía que podía contar contigo. ¿Conoces nuestros planes?

—Algo sé... Y os aconsejo que tengáis cuidado. Tened presente que el Emperador moverá un dedo y mil millones de astronaves de guerra acudirán de todos sus mundos.

—Queremos que nos ayudes a que no mueva eso que tú llamas dedo.

—Era un decir. ¿Qué puedo hacer yo?

—Estar junto al Emperador al mediodía. Oirás una vibración breve y potente. Un individuo se acercará al Emperador y le entregará un ultimátum... Procura aconsejarle que dimita en el acto.

—No me hará caso, puedes estar seguro.

—Cuando sepas cuales son los términos del ultimátum, creo que comprenderás, las razones que pensamos esgrimir. En cuanto a los mil millones de astronaves de guerra, sospecho que serán muchas menos, si es que se mueve alguna.

— ¡Por Tirios y Troyanos, soldado! —exclamó «LO»—. ¿Qué has hecho?

—Ya lo sabrás. Piensa que el Canciller Deim está aquí.

— ¿Cuentas con la sublevación de los «grons»?

— ¡Y también con la de los «hordos», «LO»! Pero ya te enterarás. No digas nada. Estaremos cerca del Emperador en la hora cero del mediodía... ¡Y pidamos que Enko sea sensato, o se derramará mucha sangre!

Yar saludó a «LO» y, tomando su mujer del brazo, se alejó hacia donde esperaba el Canciller Deim, a prudente distancia, para salir todos al jardín.

Poco después, desde gran distancia, Yar y Lolli pudieron ver a «LO», vistiendo una clámide carmesí, al estilo de los terrícolas, cerca del Emperador, dentro mismo del círculo de su guardia.

—«LO» es un buen amigo. A veces hasta llegué a pensar que tenía sentimientos —dijo Yar a Lolli.

Por su parte, la antigua comandante astronauta, estaba más inquieta por momentos, a medida que iba transcurriendo el tiempo. Con frecuencia, se inclinaba al oído de Yar y le preguntaba:

— ¿Estará todo preparado? ¿Fallará algo?

—Tranquilízate. Los «hordos» conjurados tienen tanto interés como nosotros en el éxito del golpe de estado. Además, ya ves que nadie vigila. Enko se siente seguro y no ha sido informado de nada.

Una hora antes del mediodía, cuando la fiesta estaba en todo su apogeo, la casualidad quiso que el Consejero Mayor Jeo se encontrase con Yar y su esposa.

El alto dignatario alzó sus tres brazos, en señal de saludo, y se acercó.

—Me alegro de veros aquí. Los terrícolas asisten por vez primera a una fiesta del Emperador. ¿Qué os parece?

—Está muy bien, noble señor. Nos divertimos mucho. ¿No es así, Lolli?

—Sí, mucho, esposo mío. Y estamos agradecidos al Emperador por su invitación.

—Él también os agradece vuestra asistencia —contestó Jeo—. Le habría gustado poder invitar a todos los terrícolas, cuyo número no es grande. Siente un especial afecto por todos ustedes. Sin embargo, los numerosos compromisos con otros jefes y dignatarios, que como veis invaden por completo el palacio, se lo han impedido.

— ¿Podremos saludar personalmente al Emperador? —preguntó Yar, con cinismo.

—No está en el ceremonial. Sin embargo, creo que puede tener unos minutos para hablar con ustedes. Se lo comunicaré.

—Gracias, noble señor —contestó Yar, tranquilizado.

Sin embargo, cuando Jeo se alejaba, dio media vuelta y se acercó de nuevo, diciendo:

—Perdón, Yar Almax... Por si os interesa saberlo, debo deciros que yo tampoco siento gran afecto por el tirano.

—No os comprendo... ¿Qué queréis decir?

—A mi manera, también he ayudado a que todo llegues a buen fin... El profesor Fiil lo sabe. Y, por otro lado, hice cuanto pude por salvaros la vida. Espero que lo recordéis.

Sin decir más, el Consejero Mayor se alejó dando saltitos y bamboleando su cabeza.

— ¿Qué ha querido decir? —preguntó Lolli a Yar.

Un tanto nervioso, Yar respondió:

—Creo que está enterado de todo. Y me afirmo en mi primera creencia de que los «hordos» odian a su Emperador más que a nadie en el mundo.

Poco antes de la hora señalada como cero, en el reloj oficial de Vaan, el propio Consejero Mayor se acercó de nuevo a Yar y Lolli y les dijo:

—El Emperador quiere saludaros personalmente. He hablado con él y ha accedido a saludaros. Debéis daros prisa... ¡Falta poco para la hora cero!

Sin replicar, apretando los labios, Yar y Lolli fueron con el Consejero Mayor hacia la escalera de la terraza, en la que se encontraba el Emperador, descansando en un trono portátil, viendo las evoluciones de unas danzarinas «grons», que efectuaban unas extrañas contorsiones apoyándose con las manos en el suelo, siguiendo el ritmo de una extraña música.

En la escalera, un oficial de la guardia del Emperador les detuvo unos instantes, consultando con otro oficial superior, quien asintió con un gesto. Subieron, pues, y pudieron aproximarse al trono del Emperador. Varios altos consejeros estaban allí, a su lado.

También estaban los hijos de Enko, y «LO», algo más rezagado.

—Sed bienvenidos a mi fiesta, terrícolas —habló el Emperador—. Espero que os divirtáis.

—Mucho, Muy Alto y Poderoso Señor —respondió Yar—. Es una fiesta verdaderamente imperial.

—Eso me agrada. Precisamente, dentro de poco, realizaremos una cacería de «xeks», en Kair. Iremos allí en naves espaciales. Me gustaría que vinieseis con nosotros. Estoy seguro que os agradará.

—Me encanta la caza, pero no sé lo que son «xeks».

—Son... Pues, si no habéis visto ninguno... ¡«LO»! ¿Dónde está «LO»? —exclamó el Emperador, volviéndose en busca del robot.

El androide se acercó inmediatamente.

—Altísimo, Poderoso, Magnánimo y Opulento Señor...

—Déjate de títulos, «LO» —le atajó Enko—. Estás libre de modales protocolarios. Dile al terrícola lo que es un «xek».

—Una especie de pequeño simio salvaje, que se cría en un planeta llamado Kair, a ciento noventa millones de kilómetros de aquí —contestó «LO»—. Su cacería es muy interesante y divertida.

—He invitado a tus amigos a la próxima cacería. ¿Crees que podemos confiarles un arma sin peligro, «LO»?

—Empeño mi palabra en ello —contestó «LO»—. Conozco muy bien a Yar Almax y es el terrícola más honrado y honesto de cuantos he conocido.

Yar sonrió. «LO» se había vuelto un solemne cínico en aquella corte imperial donde tantos farsantes estaba conociendo.

Las bailarinas «grons» terminaron su danza, desfilaron delante del Emperador, y en aquel instante la luz del día pareció hacerse más intensa paulatinamente, procedente del lado oeste de la ciudad, donde surgió en el cielo amarillo una aureola de luz vivísima, seguida de una intensa vibración.

Yar la recordó inmediatamente, así como Lolli. Era la misma sensación de vértigo que sintieron poco antes de caer prisioneros de los «hordos».

Mirando al Emperador Enko, Yar le vio crisparse, encogerse sobre sí mismo y gritar algo que nadie pudo oír. La consternación fue general y muchos «hordos» cayeron al suelo.

Por suerte, la vibración luminosa duró unos segundos, quedando todo luego en impresionante silencio.

— ¿Qué ha sido eso? —preguntó el Emperador, alzando su cuerpo cubierto de escamas doradas—. ¡Responded!

Nadie lo hizo. Todos se miraban entre sí, como demudados. Incluso el Consejero Mayor, Jeo, parecía anonadado.

—Ha sido el «Vibrador de luz» —dijo un alto dignatario militar.

— ¿Quién lo ha utilizado? ¿Cómo? ¿No está desmontado su mecanismo?

Al pie de la escalera de la terraza se produjo en aquel instante un insólito movimiento. Alguien intentó abrirse paso entre la guardia armada del Emperador, pero fue sujetado. Sin embargo, a los pocos instantes, un «hordo» llevando un tubo metálico en la mano y conducido por varios guardianes, se

aproximó a él.

— ¿Quién es ese individuo? ¿Qué quiere?

—Dice traer un mensaje urgente de no sé qué jefe de gobierno provisional —aclaró un oficial de la guardia.

—Traedle aquí. ¿Quién eres tú, insensato? —rugió Enko, observando al «hordo» de pobres ropas que la guardia obligó a postrarse delante del Emperador.

—Os traigo un mensaje, Enko —habló el sujeto, seguro de sí mismo, alzando uno de sus brazos al cielo, en donde se iba extendiendo una gradual oscuridad, al apagarse la luz procedente del desierto y aparecer, a considerable altura, una ingente masa de astronaves silenciosas que descendieron lentamente sobre Vaan.

Todos los allí reunidos levantaron la mirada y miles de exclamaciones surgieron de sus bocas desdentadas.

—Desde este momento —continuó diciendo el mensajero—, un gobierno provisional, dirigido por el profesor Fiil, asume el mando de los doce mundos del Sistema de los Dos Soles.

— ¿Qué locura es esta? —rugió Enko, irguiéndose.

Nadie se movió. Pero el mensajero, sin importarle su vida, siguió diciendo:

—Se exige tu dimisión, Enko. En todos los mundos del sistema, los «grons» se levantarán contra tu fuerza invasora y los «hordos» que te sigan encontrarán la muerte.

»Los más pobres trabajadores de tus ciudades están saliendo de sus galerías y piden tu destitución. Quieren libertad y justicia. Un millón de naves, mandadas por el jefe supremo del ejército del nuevo gobierno están sobre Vaan en este momento... Y no es eso todo. Un equipo de técnicos ha hecho funcionar un segundo el «Vibrador de luz», como advertencia. Si antes de cinco minutos no has abdicado en beneficio del gobierno provisional, el «Vibrador» funcionará de nuevo y todos caeremos sin sentido. Cuando nos recobremos, tu poderío habrá terminado para siempre.

»¡Exigimos tu abdicación y el desarme de tu guardia! ¡Aquí está escrito!

— ¡Nooo! —gritó Enko, fuera de sí—. ¡Guardias, matad a este hombre! ¡Destruid a los traidores!

Con infinito regocijo, Yar vio que nadie de la guardia se movía.

— ¿No me oís? ¡Matad a los traidores! —aulló Enko.

Solo se movió un hombre: El Canciller Deim, que subió hacia el Emperador con un arma en la mano. Y la hubiese empleado, si «LO» no le sujeta fuertemente, diciendo:

—Nada de derramamiento de sangre... ¡Así se acordó!

Capítulo VIII

Consternado, Yar Almax habría de enterarse pronto quién era el verdadero dirigente de la sublevación, cuando «L0-15-O» hizo un gesto al coronel de la guardia del Emperador y dijo:

—Prendedle y llevadle a la mazmorra que os indiqué.

—Sí, señor —contestó el coronel de la guardia.

Un grupo de «hordos» armados agarraron, sin miramientos, al Emperador, que intentó resistirse ferozmente, pero fue reducido por la fuerza, mientras que otros guardianes se apoderaban de sus hijos y de varios consejeros, llevándoselos.

Atónito, Yar se acercó a «LO» y le preguntó:

— ¿Por qué haces esto, «LO»? Soy yo quien debe dar las órdenes aquí.

—Lo siento, mentecato. De no haber sido por mí, hace días que estarías degollado. Para organizar un auténtico complot hace falta más talento del que tú tienes... Dígaselo, Jeo.

A un lado, impasible, estaba el Consejero Mayor. A su modo, debió sonreír, para decir:

—El que ha derrocado al tirano ha sido «LO»... Él es nuestro jefe y en él

confiamos.

— ¡Pero nosotros tenemos un gobierno constituido, hemos preparado a los «grons» y a los mineros, tenemos a nuestro lado al general Saedi y a los técnicos del «Vibrador de luz»!

—No tenéis nada de todo eso, loco —replicó «LO», secamente—. Y te lo demostraré... Coronel, haga desalojar el palacio. Que se establezca inmediatamente el Plan Cerrojo.

—Sí, señor —contestó el coronel de la guardia, dando media vuelta y alejándose vivamente.

— ¿Qué significa esto? —preguntó entonces el Canciller Deim, mirando a Yar.

—No lo sé... Confieso que no lo sé.

—Vamos a la Cámara del Consejo —dijo entonces «LO»—. Ven tú también, Yar Almax, soldado mujeriego y obstinado. Los «hordos» tendrán su democracia y los «grons» su libertad. Pero, si no hubiese intervenido yo, en el primer instante en que empezasteis a conspirar, por mis circuitos que ya estaríais todos debajo de tierra o desintegrados.

»¿A quién se le ocurre hacer una conspiración como la que habéis hecho vosotros, que el primer día de intrigar ya estábamos enterados en la corte?

Yar hubo de rendirse a la evidencia al seguir a «LO» a la Cámara del Consejo, donde el robot ocupó el sitio correspondiente al Emperador, diciendo:

—Sentarse, amigos. Dentro de unos momentos llegarán los demás miembros del consejo, que ya están avisados.

Yar se volvió a Lolli, musitando:

—No lo entiendo.

—Yo podría decirte algo, Yar... Y no te molestes conmigo. Me enteré cuando Sid se entrevistó con «LO». Me dijeron que no debía decirte nada y creo que tenían razón.

— ¿Tú también? —exclamó Yar.

—El resultado ha sido el mismo. Ocurre, sin embargo, que esto ha sido hecho con talento, cosa que, aunque tienes, no era suficiente para ganarse a todos los dignatarios de la corte y evitar el lógico derramamiento de sangre.

»No te preocupes, Yar. De todos modos, la idea inicial surgió de ti. Tú eres quien anima la sublevación... Aunque «LO» sea el instrumento.

— ¡Vaya! —exclamó Yar.

—Cierra el pico, pedante —rezongó «LO»—. Si no te gusta cómo ha ido todo, en la nueva república podrás presentar una protesta. Te escucharemos.

—Pido la palabra para preguntar si los acuerdos tomados entre Yar Almax y yo serán respetados —habló el Canciller Deim, con voz firme.

—Lo serán —dijo «LO»—. ¿Qué otra cosa podemos hacer? No he convivido con ese intrigante de melodrama barato durante un año para ignorar su verdadero talento... Si no te echo una mano, Casanova, a buena hora te reúnes con el coronel Humet en la undécima dimensión.

Pasado el bochorno sufrido, Yar se levantó para increpar a «LO»:

— ¿Ya has tenido en cuenta el ejército de seguridad?

—Dale una bofetada, Lolli —respondió el robot—. El que no lo tuviste en cuenta eres tú. Aquí, el Consejero Mayor Jeo, nuevo jefe de las tropas de seguridad, te dirá qué medidas hemos tomado.

Jeo se puso en pie y dijo:

—Desde la guardia del Emperador depuesto hasta el último soldado del imperio, todas las órdenes que reciben pasan por mis manos. El tirano me daba las órdenes, yo las escribía y él las firmaba sin leer. ¿Qué otra cosa podía hacer?

En aquel instante, la guardia que protegía la entrada de la Cámara del Consejo dejó entrar a un grupo de hombres, al frente de los que venía Sid Conner, el ingeniero Chi Weng, el doctor Chasm... ¡Y el profesor Fiil, acompañado por sus amigos, Seil, Palen, Ekne, Leik, Kaol, Dimeer, Tao y Miit!

—Siéntense, amigos míos. Con algunas excepciones, el consejo de la república democrática de Vaan está reunido —dispuso «LO», apoyando sus dos manos metálicas sobre la regia mesa—. Puedo comunicarles que el tirano y sus familiares están encerrados y que nos hemos reunido aquí para decidir su suerte y tomar oficialmente una serie de acuerdos importantes para el futuro de «hordos», «grons» y terrestres.

El profesor Fiil y sus amigos, un tanto perplejos al ver allí a tan insólito personaje, miraron hacia Yar.

— ¿Qué es esto, Yar Almax?

— ¡Y yo qué sé, diablos! —rezongó Yar—. Esto me pasa porque en mi mundo construían últimamente robots demasiado perfectos... Ahí le tenéis. Que os lo diga él. Parece ser que le debemos todos la vida.

—Es cierto, Yar —intervino Sid Conner—. Tú has hecho un excelente servicio, pero de no haber sido por «LO» todo habría fracasado. Ya te dije una vez que necesitábamos a alguien en la corte... Y nadie mejor que «LO», que nos era enteramente adicto y cuyo talento es muy superior a todo el de nosotros juntos.

»Yo soy oficial de información militar, especialista en golpes subversivos. Junto con otros cien oficiales de mi escuela, fuimos enviados a distintos lugares de nuestros mundos, con el objeto de ser capturados por el enemigo, y poder ejercer nuestros conocimientos. Las circunstancias no me acompañaron, aunque yo fui, de los cien oficiales, el único en caer prisionero.

»Yo tenía que hacer algo, fuese como fuese, y para eso conté con la ayuda de Yar, la de todos ustedes y la de «LO», que era la más apreciable, según las enseñanzas recibidas.

»No importan los medios, sino el fin. Y podemos vaticinar, si no surgen contratiempos, que el golpe de estado ha sido un éxito.

— ¡Pues alegrémonos todos! —exclamó el profesor Fiil—. Lo importante era triunfar, deponer al tirano. Ahora, estableceremos leyes justas.

—Eso es lo que queríamos, Yar —dijo Lolli al oído de su esposo.

Yar sonrió.

—De acuerdo, sí; eso era lo que queríamos. Vamos a establecer leyes, pero antes debemos saber quién tiene que hacerlas cumplir.

—En principio, la idea de la república democrática es buena —habló el Consejero Mayor Jeo—. Pero yo creo tener una idea mejor, y de eso hablé con «LO» en días anteriores. Parece ser que pueden surgir grupos rivales que muevan masas de «hordos» para apoyar a determinado candidato. El gobernar bien no es fácil, dado que leyes beneficiosas para unos pueden ser perjudiciales para otros.

»«LO», que posee circuitos históricos muy completos, me explicó lo que había sucedido en su mundo en épocas anteriores. Corrupción, intereses individuales, sobornos, fraudes electorales, maquinaciones y trampas de diversa índole estaban a la orden del día en aquellas elecciones que se consideraban democráticas.

»En realidad, no existió jamás en la Tierra más que un tipo de gobierno perfecto, y ese es el que debíamos implantar aquí.

— ¿Cuál? —preguntaron algunos «hordos».

—La tecnocracia —contestó Jeo.

— ¿Y eso qué es? — quiso saber el profesor Fiil.

—El gobierno de los técnicos —contestó «LO»—. Y os voy a explicar lo que eso significa. Se trata de que siempre mande quien más sepa. Hay que elegir al más capacitado, al que tenga más conocimientos, sea más justo, honrado y noble.

— ¿Y dónde encontrar a ese individuo? —preguntó Yar.

—Aquí hay veintiséis personas. Sometamos a examen al más capacitado de todos y sabremos quién tiene derecho a mandar —dijo Jeo.

Yar comprendió inmediatamente y le agradó la idea. Fue una inspiración súbita y su descubrimiento le hizo soltar una carcajada sonora y estridente.

— ¡Bravo, «LO»! —gritó—. Estupenda combinación... ¡Debí suponérmelo! ¡Reconozco que eres un robot genial! ¿Quién, mejor que tú, para mandar con acierto?

«LO» no dijo nada. Miraba a todos los reunidos, captando sus reacciones. Y la primera fue la del profesor Fiil, que dijo:

—Los «hordos» no aceptaremos jamás las órdenes de uno que no sea de nuestra raza.

—«LO» no es de nuestra raza, ¡ni de ninguna! —declaró Jeo, tajante.

—Esto es una maquinación abominable —exclamó el Canciller Deim, furioso.

—Creo que no sería nada desacertado nombrar a «LO» jefe del gobierno «hordo» —apuntó Sid Conner, hablando por vez primera, reflexivamente.

— ¡Naturalmente que no es ninguna insensatez! —exclamó Yar—. Ya lo sé muy bien. No hay, en todo el universo habitado, nadie capaz de vivir tantos años como él, ni con tantos conocimientos como él tiene, ni con tanta

capacidad de trabajo, porque puede estar siempre despierto, activo y en su puesto.

»Todos sabemos que no hay nadie más fiel a las convicciones de sus circuitos electrónicos. Es recto, inflexible, justo y honrado. ¿No eres honrado, «LO»? ¿No has tomado parte en el complot por honradez?

—Sí, visionario romántico —contestó «LO»—. Estás en lo cierto. Yo siempre actúo basado en impresiones de verdad.

—Ahí le tienen, amigos míos. El perfecto jefe de gobierno —siguió diciendo Yar—. Y la solución es esa. Sumisión absoluta a sus dictados. Y, por encima de él, como Presidente de la nueva república democrática, el que quieran nombrar en elecciones que serán legales, porque «LO» estará controlándolo todo.

»Se abolirán las armas destructivas y nadie podrá causar daño a nadie, ni siquiera a «LO». Un puñal no le hará daño en absoluto, y los «hordos» tendrán gobernante durante cientos de generaciones. Ahora les parecerá absurdo que les gobierne una máquina pensante. Con el tiempo, todos se acostumbrarán a él, y le respetarán... ¡Esa es la mejor elección, amigos míos! No la desaprovechen, porque soy capaz de llevármelo a nuestro nuevo mundo e instaurar allí a «LO» como jefe de todos nosotros.

Los «hordos» estaban meditando aquellas sugerencias, dichas en tono festivo. Pero Yar no había terminado aún.

—Hágase el examen y verán que nadie aventaja a «LO» en nada. Su gobierno será perfecto. Déjenle explicar el programa que ya debe tener estudiado y les convencerá a todos. ¿No es cierto que tienes un programa, «LO»?

—Es cierto, supernecio —respondió el robot.

—Exponlo, que lo oigan todos. Apuesto mil contra nada a que es perfecto.

—Si no lo es, se acercará mucho a la perfección —contestó el robot.

—Naturalmente que sí. ¿Cómo repartirás la riqueza, «LO»?

—De acuerdo con los méritos de cada uno, para que exista estímulo entre los individuos.

—Y ¿cómo sabrás qué méritos concurren en cada uno, sin caer en la injusticia?

—Partiremos de cero. Desde aquí, todos somos iguales. Los que tengan más méritos pronto destacarán.

— ¿Y si esos méritos no les corresponden? ¿Y si se encumbran a costa de los demás, engañando o robando a sus semejantes?

—Si eso hacen, yo los descubriré, porque mi atención estará fijada en los que más destaquen.

— ¿Y si por humildad alguien no quiere destacar?

—Le nombraré humilde.

— ¿Qué categoría social será esa?

—Una tan digna como la de ser ministro.

—La humildad puede ser un defecto.

—La humildad solo es una virtud —contestó «LO», secamente.

— ¿Y si alguien destaca como ladrón?

—Le haré ladrón y pagará sus robos.

— ¿Y si alguien mata?

—Pagará con su vida.

— ¿Aunque sea involuntariamente?

—Estudiaré su caso.

— ¿Y si miente?

—Él será engañado por mi ley.

Yar estaba apurando sus preguntas, buscando situaciones en las que pudiera encontrarse el robot gobernante.

— ¿Y crees que tú solo vas a poder controlar a un trillón y medio de «hordos»?

—Sí.

— ¿Cómo?

—Con la ley.

— ¿Y si no la cumplen?

—La cumplirán por dos razones: temor y respeto.

—Bien, en serio, «LO», ¿deseas quedarte y hacer la prueba?

—Si me lo pide este consejo por mayoría, sí. Pero no quiero que nadie se precipite. El gobierno provisional del profesor Fiil está vigente. Se han tomado las medidas para que todo marche bien. Falta decidir la solución mejor y la suerte del tirano depuesto.

—Dinos una cosa, «LO» —quiso saber Fiil—. ¿Cuál es tu decisión para el tirano?

—Ya la he dicho. Desposeerle de todos sus bienes y que luche por su existencia, como lucháis todos. Es un «hordo» como todos los demás. Si quiere tener palacios, que se los gane con sus tres manos. Si lo consigue, que lo disfrute.

«LO» no era partidario de la venganza, y así lo manifestaba.

—Es justo —dijo el profesor Fiil.

— ¿Y los «grons»? —preguntó el canciller Deim.

—Acordado también. Volveréis a vuestros mundos y recobraréis vuestros antiguos fueros. Sois libres y podéis gobernaros como mejor os plazca. Eso sí, destruiréis vuestras armas, como los «hordos» destruirán las suyas, intercambiaréis embajadores y comisiones de inspección, para evitar fraudes y sorpresas, y viviréis en cordial relación con vuestros vecinos.

—Aceptado —declaró Deim, satisfecho.

— ¿Y nosotros? —preguntó Yar.

—Tendréis la nave que necesitáis y encontraréis un mundo igual al que se os destruyó. Respecto a eso, los «hordos» pagarán reparaciones justas. Se os facilitarán máquinas adecuadas para vuestro desarrollo, para construir vuestras viviendas y vuestras ciudades. No podéis partir de cero y emprender una nueva existencia sin recursos. Tendréis alimentos para subsistir hasta que

hayáis obtenido vuestras cosechas... En una palabra: se os ayudará.

—Y siendo tú de origen terrestre, ¿no te gustaría dejar a los «hordos» con sus problemas y venir con nosotros a ese nuevo mundo que necesitamos?

—No. Yo en vuestro mundo sería un robot sirviente. Aquí voy a ser mucho más. Seré útil a una raza que necesita un buen gobierno. Evitaré nuevas guerras galácticas.

— ¿Y cuando tus súbditos construyan un robot más perfecto que tú? — preguntó Yar.

—En ese momento, según mi propia justicia, le dejaré el puesto para que siga mejorando esta raza. Mi misión habrá terminado entonces. Si mis circuitos siguen funcionando aún, podré servir para construir alguna pieza que los «hordos» no conozcan. En fin, no sé. Creo que transcurrirá mucho tiempo antes de que llegue ese momento.

«Mientras hay mucha labor que hacer en este mundo. Ustedes, sin embargo, tienen la palabra.

* * *

La palabra se comunicó oficialmente a los doce mundos al día siguiente. Quedaba constituida la nueva república democrática de Vaan, bajo la presidencia provisional del profesor Fiil y como jefe del gobierno ejecutor, se nombró a «LO-15-O», como mandatario a perpetuidad, asesorado por un consejo de ministros.

Quedaron abolidas todas las leyes y se empezaron a promulgar las nuevas leyes y los nuevos fueros. Toda decisión gobernativa debía ser refrendada por un parlamento.

Y la primera ley que se votó fue la básica y fundamental de la raza «horda»: Todos los «hordos», sin distinción de clases ni edades, eran iguales ante la ley.

Se estableció el trabajo obligatorio para todos, siendo libre cada uno de ejercer la profesión u oficio que quisiera. El estado continuaría suministrando la alimentación gratuita a todos los ciudadanos, por lo que se nombró una comisión de alimentación que se encargaría de administrar el «gel azul», haciéndolo todo de idéntica calidad. Todo alimento o refresco no considerado de primera necesidad debía ser pagado por el consumidor con la moneda recibida por su trabajo.

Los que no quisieran trabajar en nada podían hacerlo, pero perdían su derecho a la posesión de monedas y no podían tener alojamientos propios, debiendo todo el mundo desalojar sus bienes y viviendas que no fuesen las de tipo popular.

Naturalmente, muchos «hordos» adinerados protestaron, pero no les sirvió de nada, porque todos los edificios suntuosos pasaron a ser propiedad del nuevo estado.

También se decretó que Enko, exemperador de Vaan, no podía tener a nadie a su servicio ni disponer de más vivienda que la de tipo popular, y que

toda maquinación que hiciera contra la república sería castigada con penas de encierro.

Así, Enko y su familia fueron puestos en libertad y se les pudo ver por las calles de Vaan o en los centros de alimentación oficial, recogiendo su suministro, junto con los «hordos» que antes se habían considerado como parias.

Pero el gobierno y los jefes del ejército de seguridad, así como organismos estatales, paraestatales y municipales, solo disponían de edificios suntuosos. Vestían igual que los demás ciudadanos, tenían lo mismo que los demás ciudadanos, y en las calles y plazas se confundían con los demás ciudadanos.

Todos partían de la Hora Cero del Primer Día Democrático de Vaan.

El llegar a ser más que los demás solo dependía de ellos mismos, de su trabajo, de su suerte, de su capacidad. Las comisiones de trabajo se encargaron de establecer inmediatamente estipendios justos y razonables, que los «hordos» podían administrar a su manera.

Y en un pequeño despacho del que había sido palacio de Enko, «LO» trabajó constantemente, sin tregua ni descanso, a todas horas, para mejorar las condiciones de vida de los «hordos».

Sin embargo, antes puso especial cuidado en que los «grons» tuvieran lo que pedían y merecían, y los terrestres recibieron las compensaciones a que se habían hecho acreedores.

Y dispuso que se construyera una gran nave espacial, provista de enormes almacenes de alimentos artificiales, producidos en los laboratorios químicos, de acuerdo con las necesidades de los terrícolas, a fin de que no carecieran de nada.

Yar Almax, como Jefe de la Junta de Supervivencia, se cuidó personalmente de aquellas cuestiones, bajo la aprobación de «LO».

La revolución se había hecho para todos.

Capítulo IX

Nadie había visto jamás una astronave de tan colosales dimensiones. En ella trabajaron miles de «hordos» durante cuatro años terrestres. Debido a la ausencia de atmósfera de Vaan y a su escasa densidad, la nave se construyó horizontalmente, como si fuese un enorme buque dispuesto para ser botado.

Era de metal rojo brillante, habiéndose colocado en ella un metal de aleación especial, capaz de resistir fuertes impactos meteóricos. Su forma era semejante a una gran bola achatada, al estilo del clásico platillo volador y giraría sobre sí misma toda la envolvente externa, mientras que el núcleo central, de sistema gravitacional, permanecería inmóvil.

Su diámetro era de seis kilómetros y su altura de mil quinientos metros. Tenía, pues, capacidad para un número mucho mayor de pasajeros que los destinados a viajar en ella.

Se había hecho grande para poder contener almacenes y bodegas especiales, a fin de conservar alimentos artificiales, agua y depósitos de combustible nuclear. Los pasajeros disponían de alojamientos amplios, cómodos y con varias dependencias, para que pudieran vivir holgadamente durante el tiempo que durase la travesía.

Nadie sabía cuánto tiempo estarían en el espacio. Los más optimistas cifraban la búsqueda de un nuevo planeta, de características semejantes a las de la Tierra desaparecida, en uno o dos años. Los pesimistas confiaban en veinte o treinta años.

Otros no decían nada y contaban con encontrar algún mundo que les fuese propicio cuando la providencia divina lo dispusiera.

Lolli Almax, por su parte, estaba encantada con su puesto de mando, en donde se había instalado en cuanto la estructura y construcción de la nave se lo permitió. A partir de aquel momento, junto con Yar, que era observador

astronómico, y con su ayudante, Bisia Conner, estudiaron meticulosamente la órbita sideral que debían seguir.

—En nuestra Galaxia podemos encontrar algún mundo parecido al que perdimos —dijo Yar, cuando iniciaron el planteamiento.

—Yo soy partidaria de efectuar el salto al cosmos, en busca de otra galaxia —dijo Lolli.

—Eso nos costaría muchos años de viaje.

—Y ¿qué importa el tiempo? —replicó Lolli—. Lo importante es fundar un mundo nuevo y duradero, para toda la eternidad.

—Eres demasiado ambiciosa, Lolli.

—Tenemos una gran responsabilidad —intervino Bisia, seriamente, señalando los gráficos estelares que habían colocado sobre la mesa de planificación—. Vamos a fundar una humanidad que habrá de perpetuarse durante millones de años. Estamos preparados para afrontar el gran salto.

— ¿Y si en la galaxia que buscamos no existe ningún mundo de las condiciones del nuestro? —insistió Yar—. Lo mejor que podemos hacer es lanzarnos al espacio, cuando todo esté preparado, y vagar hasta que encontremos lo que nos interesa.

— ¡Cómo se ve que no entiendes ni palabra de navegación sideral, Yar! —le espetó su mujer—. Antes de abandonar Vaan debemos saber la dirección que hay que tomar.

—Y ¿cómo quieres que sepa dónde encontraremos un mundo susceptible de ser habitado?

— ¿Por qué no seguimos el consejo de «LO»? —preguntó Bisia—. Todos se asombran de su profundo juicio.

—De acuerdo. Consultaremos con «LO».

Aquel mismo día, Yar habló con «LO» y le expuso el inconveniente que tenían. El robot pareció concentrarse unos minutos y luego dijo:

—El mundo que buscáis puede estar en cualquier parte, rebelde. Trazar, pues, una línea en el hemisferio celeste y seguirla. Os encontraréis millones de mundos. Con las naves auxiliares, los exploráis todos y trazáis así una ruta en el espacio que será una especie de puente unido a vuestro pasado. No digo que hayáis de volver alguna vez, pero conocer el universo en que vivimos no es malo. Si pudierais seguir infinitamente esa línea, acabaríais volviendo a este mismo punto.

— ¿Y si se termina la Galaxia?

—Seguid siempre adelante. Encontraréis miles y miles de ellas. Lo importante es evitar las tempestades siderales y solo las encontraréis fuera de la Galaxia.

—De acuerdo, «LO». Seguiremos tu consejo. Seremos los primeros viajeros del infinito. Y, cuando encontremos nuestro planeta, si nuestros mensajes pueden llegar hasta aquí, lo sabrás, «LO».

—En eso confío. Tendremos siempre un radiotelescopio siguiendo vuestro rumbo. No quisiera que os ocurriera nada malo, pero de todos modos será una

satisfacción enorme saber que seguís viviendo en la esperanza.

* * *

El día de la partida de la astronave «Tierra», fue un gran acontecimiento histórico en Vaan y en los doce mundos del sistema de los Dos Soles.

Desde muchos días antes del señalado para el despegue de aquellos cien millones de toneladas de metal rojo cargados de ilusión, los «hordos», e incluso muchos «grons», acudieron al desierto en donde estaba instalada la nave.

Esto entorpeció bastante los últimos preparativos, pero agradó a los terrestres que se sintieron emocionados ante aquellas muestras de amistad de quienes años atrás, habían sido acérrimos enemigos.

Todos los terrícolas estaban instalados a bordo de la astronave. Se habían arreglado sus alojamientos, creado jardines artificiales para sus hijos, y se disponía de salas de recreo y entretenimiento, a fin de mitigar la prolongada duración del viaje.

Al fin, llegó la hora señalada. Todo el desierto estaba poblado de «hordos» y «grons» con banderitas. El inmenso clamor de sus voces lo llenaba todo de un rumor sordo.

Antes de retirar la plataforma, todos los terrestres se mostraron ante aquel público enfervorizado que se mantenía dentro de los límites de seguridad marcados por el gobierno, para que no ocurrieran accidentes en el momento del despegue.

Se pronunciaron discursos, se habló de amistad eterna y las jerarquías se dieron los abrazos de rigor. El último abrazo se lo dieron Yar y «LO», intercambiando ambos el siguiente diálogo:

—Adiós para siempre, «LO» —dijo Yar, emocionado.

— ¿Vas a llorar ahora, cretino?

—Sí, «LO». Parte de mi vida queda aquí. Ahora todo será distinto.

—Distinto, sí. Pero tu vida te la llevas contigo. Ahí tienes a tus hijos, ya casi unos hombres. Pronto se casarán y tendrás nietos. Tu raza continuará entre vosotros... ¡Si yo fuese humano, me sentiría satisfecho!

—Lo estoy, «LO»... Lo estoy —dijo Yar, con lágrimas en los ojos —. Gracias por todo, inolvidable amigo.

— ¡Necio, más que necio! ¿No sabes que yo no puedo llorar?... ¡Adiós!

Algún circuito se modificó en aquel instante en el mecanismo de «LO», porque su voz pareció vibrar desacompasadamente, como emocionado.

Luego Yar dio media vuelta y penetró por la gran compuerta, la cual empezó a cerrarse lentamente. El griterío de los «hordos» aumentó ensordecedoramente.

Las autoridades descendieron en los ascensores, mientras la plataforma era retirada sobre las vías, y todo quedó dispuesto para el despegue de la gigantesca astronave.

En su puesto de mando, contemplando el espectáculo de la despedida en

las pantallas telescópicas que tenía ante sí, Lolli también lloraba de emoción. Detrás de ella, sentados en sillas metálicas, con abrazaderas, estaban todos sus hijos mayores: los tres Yars, Benny, Gerry, Oscar, Sid, Pet y Nick... ¡Y en su alojamiento, al cuidado de la señora Darran, tenían a otros seis pequeños, nacidos en los últimos años, mientras se construía la astronave «Tierra»!

—No llores, comandante —dijo Bisia, con voz emocionada —. Ha llegado el momento de cumplir con nuestro deber.

—No lloro, Bisia... ¡Allá vamos!

Al decir esto, Lolli empujó la palanca de despegue. Inmediatamente, sus manos se movieron ágilmente sobre los controles. Bisia comprobó los indicadores y pronunció los datos en voz alta.

Desde fuera, los millones de «hordos» y «grons» congregados para la despedida, callaron y contuvieron el aliento al ver moverse la enorme masa metálica y empezar a girar primero lentamente y luego con mayor velocidad, para luego alzarse unos metros del suelo.

Allí estuvo la nave, suspendida durante unos minutos, girando cada vez con mayor intensidad, para luego, súbitamente, remontarse al cielo y efectuar dos giros sobre el desierto, a gran altura. Luego, tras este saludo de despedida, la nave partió, como un rayo, perdiéndose pronto en los altos espacios.

El viaje de la esperanza había empezado.

* * *

La confianza de los optimistas desapareció pronto. A los dos años de viaje por el espacio, todavía no habían sido capaces de encontrar el mundo que buscaban. Exploraron infinidad de ellos, unos superficialmente, constatando que no reunía condiciones, y otros más a fondo, al descubrir indicios de atmósfera respirable. Pero se trataba, casi siempre, de mundos muertos o semiacabados o de planetas que aún no habían conseguido su completa evolución geológica.

En varias ocasiones creyeron haber encontrado lo que buscaban, y hasta se hicieron planes para instalarse allí provisionalmente. Un terremoto de increíble violencia, que estuvo a punto de causarles un grave trastorno, les hizo desistir de quedarse allí y continuar su periplo galáctico.

En otros lugares descubrieron monstruosos animales y selvas impenetrables en medio de pantanos hirvientes. Hallaron también un mundo deshabitado, sin atmósfera, con restos arqueológicos de antiguas civilizaciones desaparecidas.

Descubrieron mundos líquidos, enteramente cubiertos de agua y una exploración detenida les permitió ver enormes y curiosos peces que contenían espantosas luchas bajo el agua.

Pero el tiempo iba transcurriendo sin que apareciera el mundo soñado y el abatimiento se iba apoderando de la colonia cada vez más numerosa de terrícolas emigrantes.

Los años pasaron lentamente, uno tras otro. Habían personas que no

perdían jamás la esperanza, confiando siempre. Uno de estos era Yar Almax, cuyos cabellos empezaron a teñirse de blanco.

Su amigo Sid Conner era de los más desalentados. Se había vuelto huraño y gruñón y apenas hablaba con su esposa Bisia, quien empezó a retirarse también del puente de mando, dejando allí a su hijo mayor Eider.

Lolli, siempre joven, ilusionada, esperanzada y valiente, seguía al mando de la astronave. Era la jefe indiscutible y, en su fuero más íntimo, quizá desease seguir siempre navegando por el cosmos, porque así era la comandante y sus órdenes no se discutían.

Sus hijos ya eran mayores, casi hombres.

Los años iban pasando, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

Hasta que una noche, mientras dormía, Yar se vio violentamente despertado por Yar-1, quien le dijo, con voz apremiante:

—Mamá quiere que vayas al puente ahora mismo.

— ¡Eh! ¿Qué ocurre?

—Vístete y ven, papá. Mamá ha visto algo en las pantallas telescópicas.

Yar se levantó refunfuñando, se vistió y fue a reunirse con su mujer en el puente de mando, donde también estaba Bisia Conner.

— ¿Qué sucede? —preguntó Yar, entrando.

—Echa una mirada a esto —dijo Lolli, sin expresión en la voz.

Señalaba en la pantalla central, capaz de permitir un número infinito de aumentos. Y en el centro de la cual se veía una estrella rutilante.

— ¿Qué es?

—Un sol de la magnitud de nuestro antiguo Sol. ¡Y está rodeado de once planetas, semejantes a los del Sistema Solar!

— ¡No! —exclamó Yar, acercándose.

—Y mira, Yar —añadió Lolli, accionando los mandos de la pantalla, para aumentar la imagen—. Hay un mundo azul, con siluetas inconfundibles de mares y tierras.

El sol desapareció al aumentar en la pantalla el tamaño de las cosas reflejadas en ella. Pronto apareció la bola, ligeramente achatada, cubierta por un casquete polar blanco, azulada en todo su conjunto.

— ¿Qué atmósfera tiene? —preguntó Yar.

—Correcta, papá —dijo Yar-1—. Hidrógeno, oxígeno, nitrógeno...

— ¿Temperatura? —preguntó Yar, volviéndose a Eider, el hijo de Sid y Bisia.

—Correcta, tío Yar. Entre cero y treinta.

— ¿A qué distancia estamos, Lolli?

—A mil doscientos millones de kilómetros.

—Pon rumbo a ese lugar. Ese planeta... ¿A qué distancia está de su sol?

—A ciento cincuenta millones —musitó Lolli, casi sin voz.

Todos se miraron.

— ¿Es posible que existan sistemas iguales? —quiso saber Yar.

— ¿Por qué no? Todo el universo está repetido billones de veces. Se basa

en la misma mecánica, en el mismo principio natural de la gravitación...

—Si fuese posible...

* * *

La astronave efectuó varias circunvalaciones sobre aquel mundo maravilloso, encontrado al azar. Vieron sus mares, azules y transparentes. Sus montañas nevadas, sus ríos, sus valles verdes y sus frondosos bosques.

Y vieron animales, parecidos a cabras, corriendo en grandes bandadas.

También pudieron ver aves. Pero no vieron población de ninguna especie. Y todos tuvieron la impresión de que el hombre jamás había puesto el pie sobre las verdes praderas.

Inmediatamente, Lolli detuvo la astronave y la posó suavemente sobre una dilatada pradera, cerca del mar y próxima a la desembocadura de un río de aguas limpias.

Yar, Sid, el doctor Chasm y Yar-2 ocuparon la pequeña nave de exploración y salieron por la compuerta. No fueron muy lejos, se detuvieron a la orilla del río.

Allí saltaron a tierra. Quien más maravillado estaba, sin embargo, era el hijo segundo de Yar, que se arrodilló y tocó la fina hierba, arañó la tierra virgen.

— ¿Era así la Tierra, papá?

—Sí, hijo... Así era. ¿No tienes la impresión de encontrarte en el campo, allá en nuestro mundo, un día de domingo?

Sid Conner y el doctor Chasm no respondieron.

—Me gustaría poder respirar este aire puro, doctor.

—Lo respirarás, Yar... ¡Qué maravilla!

Sus ojos se movían en todas direcciones.

— ¡Hay animalitos plateados dentro del agua, papá! —exclamó Yar-2.

—Sí, lo he visto. Son peces muy semejantes a los que teníamos en la Tierra.

—Me asombra no ver a ningún ser humano por estos lugares. La evolución parece haber seguido el mismo rumbo que en la Tierra —habló Sid.

— ¿No los ves, Sid? —exclamó Yar.

— ¿Dónde? —preguntó el otro, volviéndose.

— ¡Aquí! ¡Somos nosotros, Sid! Esta es nuestra tierra y solo faltaba el hombre. ¡Ya hemos llegado!

Yar abrazó a su hijo. Luego los cuatro cayeron de rodillas y levantaron las cabezas al cielo.

—Gracias, Señor. Sin tu ayuda no habríamos encontrado jamás este mundo maravilloso. Ya no nos importa que la humanidad desapareciera. Casi estoy por asegurar que lo merecía. No éramos buenos, pero yo te prometo que nuestros descendientes serán justos y honrados, vivirán dignamente y se amarán entre sí como hijos sumisos y obedientes de su Dios.

—Papá, ¿qué es aquello que se ve en el cielo?

— ¡La Luna, Yar! ¡Es la Luna, que asoma para darnos la bienvenida a la Tierra! Aquello es el Sol. Y nosotros somos los seres humanos. Volvamos a dar la noticia a todos.

Cuando volvieron se encontraron con un insólito espectáculo. Toda la expedición había salido de la nave y corría por la pradera, alegremente, incluso los más viejos.

Los niños respiraban perfectamente aquella atmósfera purificada y por sus venas corría la sangre con alegría.

Yar vio a Lolli saltando con sus hijos pequeños y se acercó, abrazando a su esposa.

—Lo hemos conseguido, Lolli.

—Sí, Yar... ¡Hemos vuelto a nuestra tierra!

—Aquí levantaremos nuestra primera ciudad. Aquí nacerán nuestros nietos y esta será la cuna de la nueva civilización.

La alegría era general, contagiosa. Y para unirse a ella, una bandada de ánades blancos vino a posarse en tierra, muy cerca de los seres que llegaban de los confines del universo.

La curiosidad de los animales se mantuvo incluso cuando los niños fueron hacia ellos y se mezclaron todos, sin que las aves sintieran alarma alguna.

—Hay caza, frutos en los árboles, pesca, agua y tierra fértil —decía el doctor Chasm, médico y sanitario de la expedición—. Hay que analizar el agua y los frutos. Nadie comerá ni beberá nada hasta que yo lo autorice.

— ¿Y cree usted que puede haber algo malo aquí, doctor?

—En la Tierra lo había. Por eso necesitamos adquirir una experiencia antes de aventurarnos. La tierra esta será virgen, pero nosotros estamos civilizados. No empezamos de cero, sino que traemos con nosotros una cultura y una experiencia fabulosa.

El doctor Chasm era juicioso y se respetaron sus palabras.

Inmediatamente, se iniciaron los trabajos de asentamiento. Se trazaron planos y se expusieron ideas. Nada de casas altas. Casitas pequeñas y grandes jardines. Era necesario crear familias numerosas, de treinta o cuarenta hijos cada una. Había que repoblar aquello rápidamente.

Y se pusieron premios para las mujeres más fértiles.

Yar fue nombrado para colocar la primera piedra de la nueva ciudad que se levantaría allí, junto al mar y a la orilla del río. Toda la colonia se reunió en torno a él y se sacó el ladrillo de oro que llevaban preparado desde hacía tiempo.

Con solemnidad, Yar depositó el ladrillo en el agujero que habían practicado los jóvenes, que eran los encargados de iniciar los trabajos y levantando la mirada al cielo, dijo:

—Esta ciudad se llamará LO-Humet y jamás, ni vivos ni muertos, cambiarán este nombre que se perpetuará hasta el final de los siglos.

Luego se celebró una gran fiesta y se comió carne de ave, pescado del río, frutas del bosque y raíces de sabor agradable, que se recogieron y se

analizaron previamente, guardándolas para la gran ceremonia.

Los terrestres habían encontrado un mundo... La humanidad no había desaparecido... ¡No desaparecería jamás!

FIN

Próximo número:

ESPERANDO A LOS MARCIANOS

por

Louis G. Milk

Cosas extraordinarias
estaban ocurriendo en la ciudad:
raptos, muertes, desapariciones...
y todos sabían que
la causa de ello
no se hallaba en la Tierra.

Una época en la que cada uno
dependía de sí mismo y de su habilidad
para poder seguir viviendo.

Conozca el auténtico Oeste
a través de una colección
acreditada por su veteranía y
la calidad de sus relatos.